

44

MUJERES SÁBIAS

y

MUJERES ESTUDIOSAS

POR MONSEÑOR

DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS,

DE LA ACADEMIA FRANCESA

Traducción española de

MARÍA DE LA PEÑA

SORIA

SEGUNDA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE GARCIA

a cargo de Dña. Conde de Barojos, 1.

1876

1  
43

226

MUJERES SÁBIAS  
Y  
MUJERES ESTUDIOSAS

B.P. de Soria

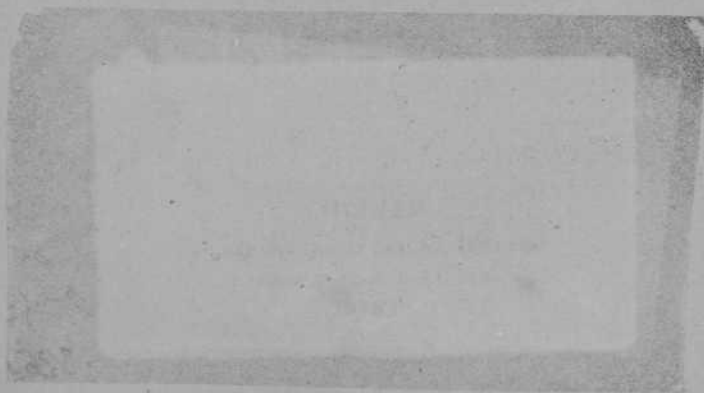


61116367  
D-1 2043

D-1  
2043  
6367

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT  
5712 S. UNIVERSITY AVE.  
CHICAGO, ILL. 60637



MUJERES SÁBIAS

Y

MUJERES ESTUDIOSAS

POR MONSEÑOR

DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS,

DE LA ACADEMIA FRANCESA

Traducción española de

MARÍA DE LA PEÑA

SEGUNDA EDICION



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE GARCÍA.

a cargo de Pita, Conde de Barajas, 1

1876



## MUJERES SÁBIAS

y

## MUJERES ESTUDIOSAS

Querido amigo: Poco há publicado un tomo de cartas dirigidas á *los hombres de mundo*. En ellas trato de los estudios que les convienen, dadas sus costumbres y distracciones: he publicado tambien algunas páginas, en las que aconsejo á las mujeres que viven en sociedad, los trabajos intelectuales que deben practicar, adaptándolos á los deberes de su existencia.

Procuro demostrarles la conveniencia de que la mujer se habitúe á una vida séria. La educación moderna, lejos de cuidar tan grave asunto, establece cierta ligereza en los estudios, perjudicando á la mujer con ello.

Y añadido á este propósito, que el trabajo y el estudio tienen cabida en la alta sociedad, con

respecto á las mujeres, como con respecto á los hombres.

Indicaba tambien los serios y bellos estudios, las lecturas útiles, amenas é interesantes, ya sean literarias, ya históricas, ya artísticas ó bien filosóficas, y, sobre todo, religiosas, á las que pueden dedicarse con preferencia. Entraba en algunos detalles puramente prácticos sobre la condicion y método de los estudios, de las lecturas instructivas y de las composiciones importantes.

Con referencia á esa publicacion he recibido varias observaciones de diversa índole, unas aprobando mi pensamiento en absoluto, otras rechazándolo con firmeza.

Nada me ha sorprendido. En estos tiempos no era posible que mis consejos quedaran sin censura. Pedir en la patria de Moliére que las mujeres estudien, se instruyan, cultiven las letras y las artes y hasta que escriban, no podia pasar sin objeciones.

Permítaseme extractar mi correspondencia para responder á toda objecion.

Las más graves y respetables se apoyan, no en Moliére, sino en Mr. de Maistre. Las otras sólo rechazan mi doctrina por nimiedades.

Examinemos, desde luego, sus objeciones.



## I.

### Opinion de Mr. de Maistre.

Algunas de las cartas de Mr. de Maistre á sus hijas son un verdadero tratado acerca del humilde destino de la mujer en la tierra, y sobre las leyes suntuarias que deben presidir en su educacion é instruccion.

«El gran defecto de la mujer, dice, es el de »ser varonil, y es querer serlo el querer ser »*sábia*... Puede permitirse á la mujer saber que »Pekin no está en Enropa y que Alejandro el »Grande no pidió en matrimonio á una sobrina »de Luis XIV.»

Mr. de Maistre les permite tambien, en cuanto á ciencias, oir y comprender lo que hacen los hombres.

«Esto es lo que ellas pueden cumplir perfectamente, es su *obra maestra*.»

Tambien les permite admirar y hasta amar lo bello; pero lo que no les permite es expresarlo y ejecutarlo.

Cuando su hija mayor confesó su entusiasmo por la pintura, y cuando la más jóven declaró á su padre la ardiente pasion que la arrastraba hácia la literatura, Mr. de Maistre, pasmado, escudándose tras la triple autoridad de Salomon, de Fenelon y de Moliére, declaró que «las mujeres no deben dedicarse á conocimientos incompatibles con sus deberes; que el mérito de la mujer consiste en hacer dichosos á sus maridos, en educar á sus hijos y hacerlos hombres de valer; que desde el momento en que quiere *parodiar al hombre*, solo consigue *ser como el mono*; que las mujeres no han hecho nada notable de ningun género; que está loca la que quiere pintar al óleo y que debe limitarse á la sencillez del dibujo; y, en fin, que la ciencia es peligrosísima, que ninguna mujer debe ocuparse de ciencias y de artes, bajo pena de ser desgraciada y de caer en el más espantoso ridículo, y que, por consiguiente, es más fácil *casar á una coqueta* que á una *sábia*.»

En virtud de este último argumento, las manda definitivamente á holgazanear, toleran-

do, sin embargo, que dediquen algunas horas al estudio, á título de distraccion.

Pero que se guarden mucho de querer elevar su entendimiento y de emprender cosas grandes porque se las llamaria *mujeres varoniles*.

«No las debilita la pobreza de su instruccion, es su debilidad lo que las empobrece intelectualmente, en una palabra, son radicalmente incapaces de toda instruccion y de cuanto sea grande y sério.»

Tal vez seria pretension excesiva contestar á aserciones tan firmes y resueltas como las de Mr. de Maistre.

No lo haré; sólo sí me permitiré investigar, y lo creo más importante, si estos principios nos conducen lógica é imperiosamente á la afirmacion de Mr. de Maistre, si una mujer «que quiere hacer feliz á su marido, educar bien á sus hijos y no trasformarse en *mono* por intentar *parodiar* al hombre,» debe por esto renunciar, no ya á ejercer toda facultad creadora en las artes y en las letras, sino á instruirse seriamente y entregarse al ocio, sin otro consuelo que saber que Pekin no está en Europa y que Alejandro no pidió en matrimonio á la sobrina de Luis XIV.



## II.

### La cuestion bien planteada.

Cuando se entabla una cuestion, debe precisarse.

Ante todo dejemos el nombre de mujeres sábias, del cual se ha abusado tanto desde Moliére.

En Francia se deciden, por desgracia con frecuencia, grandes cuestiones con palabras ligeras y burlonas. Las más absurdas preocupaciones se perpetúan de siglo en siglo.

Desde luego hay que diferenciar y no confundir bajo un mismo anatema á la mujer sabia con la instruida; la mujer estudiosa con la ridícula; la mujer sensata, reflexiva, aplicada, grave, con la pedante.

Es evidente que Moliére no ha atacado la instruccion, el estudio, sino la pedantería en

sus *Mujeres Sábias*, como en *Tartufo* no atacó la religion ni la verdadera devocion, sino la hipocresía.

Molière ha escrito este magnífico verso:

«*Et je veux q' une femme ait des clartés de tout.*»

«Quiero que una mujer tenga nociones de todo.»

Dicho esto, entro en materia.

Todas las teorías de Mr. de Maistre se reducen á que las mujeres se queden en la esfera de su dominio y no se apoderen del de los hombres.

¡Ah! Sin duda, pero es preciso saber dónde empieza y dónde acaba este dominio. ¿Es, por acaso el hombre, único propietario del dominio de la inteligencia? Dios le ha concedido la fuerza física; reconozco con Mr. de Maistre que, á pesar de Judit y de Juana de Arco, las mujeres nunca deben empuñar las armas. Pero, ¿la inteligencia, les ha sido concedida por la medida de las fuerzas físicas y en la misma proporcion y con las mismas exclusiones? Nunca lo he creído; la pluma me parece tan bien colocada en la mano de Santa Teresa como en la mano de Mr. de Maistre: cito este nombre como citaria otros; pero el nombre de Santa Teresa basta por sí solo para refutar el argumento de que las mu-

jeros no deben escribir, *porque nunca lo han hecho con superioridad*. Santa Teresa es una de las mejores, sino la mejor prosista de España, y muchas veces ha cultivado la poesía.

Sin duda alguna el mayor mérito, el honor incomparable de una mujer, es el de educar bien á sus hijos; así como su mayor felicidad, el más dulce, el primero de sus deberes, es hacer dichoso á su marido; pero para conseguirlo y que él y sus hijos sean felices y buenos; para criar «hombres buenos y fuertes, que crean en Dios y no teman á las balas,» es precisamente para lo que se necesitan mujeres fuertes por la inteligencia, fuertes por la opinion y el carácter; aplicadas, laboriosas, pensadoras. Es preciso, como dice la Escritura, que esa mirada, esa belleza, esa bondad que ornan y embellecen el hogar, sean iluminadas desde arriba. *Sicut sol oriens mundo sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus.*

La mano que maneja el uso y que se aplica á los menores detalles, debe conducirla una cabeza que conciba y gobierne.

El retrato trazado por Salomon no es el de la mujer que solo se ocupa de las cosas vulgares y materiales, sino el de la mujer *inteligente*; y si sus hijos se levantan para proclamarla gloriosa y

bienaventurada, es porque tiene el pensamiento levantado sobre las cosas de la vida; prevee el porvenir, atiende al cuidado de las almas y está en todo á la altura de los más nobles deberes y sérios pensamientos; en una palabra es la digna é inteligente compañera de un esposo que está sentado á las puertas de la ciudad, sobre los primeros escaños de la justicia.

Podria citar aquí varios pasajes de la Sagrada Escritura que demuestran que las ciencias naturales, las artes, las letras sagradas, la poesía, la elocuencia, no eran extrañas á la educacion de las jóvenes israelitas y á la existencia de la mujer judía. ¿No era una mujer la madre de Samuel? Ella proclamó en un admirable cántico que *Dios es el señor de las ciencias* y que dá inteligencia y luz á nuestro pensamiento. María, la hermana de Moisés, enseñaba á las jóvenes israelitas la música y los cantos sagrados.

Sobre todo, despues del Evangelio, ha sido levantada la dignidad y la inteligencia moral de la mujer. Despues del Evangelio, la mujer ha tomado noble puesto en la sociedad humana.

Lo que yo ruego, lo que yo deseo es, que censuras ridículas, nombres groseros y nécias



burlas, no la obliguen á descender del alto pedestal en que la colocó el Evangelio y la entreguen á la frivolidad y el materialismo de la vida.

Comprended bien lo que deseo; lo que anhelo no son mujeres *sábias*, sino—lo que es preciso á sus hijos y á sus maridos—mujeres inteligentes, juiciosas, pensadoras, instruidas en todo lo que es útil saber como madres, como amas de casa y como mujeres de sociedad, sin desdeñar jamás las labores manuales; que sepan trabajar, ocupando su inteligencia y cultivar su alma entera.

La mayor desgracia del hombre, lo que más ha de temer, es tropezar con una mujer ligera, frívola, perezosa, desocupada, ignorante, desabrida, amiga de los placeres y de las diversiones, incapaz de todo estudio, de toda atención perseverante, y, por consiguiente, inhabilitada de poder tomar una parte activa y real en la educación de sus hijos y en los negocios de la casa y de su marido.



### III.

#### Los ejemplos.

Con esta condicion renunciaremos á la mujer sábia, segun la costumbre de llamarla así, pues en efecto, no gusta en Francia; pero antes recordaremos que el biógrafo del ilustre San Bonifacio dice que el Santo amaba á Santa Lioba por la seguridad de su erudicion *eruditionis sapientia*.

Aquella admirable vírgen reunia, á las luces del Espíritu-Santo, las recogidas en meditados estudios; unia á la pureza y humildad, virtudes que atesoran todo en el corazon, una ciencia en teología y en derecho canónico que la hizo una de las lumbreras de la naciente Iglesia germánica.

En suma: San Bonifacio estaba tan lejos de deprimir los esfuerzos de su hija espiritual para

elevarse á las alturas de la inteligencia, que robaba á su sagrada mision horas que no creia perdidas, corrigiendo las composiciones literarias y los versos latinos de Lioba, contestándole en el mismo estilo poéticos mensajes, llevados á través de los mares por confesores, despues mártires.

Y si remontándonos á mayores alturas, examinamos minuciosamente los recuerdos de la historia despues del cristianismo, los nombres de las mujeres se leen sin cesar en los monumentos literarios que los siglos han respetado. La célebre Hypatia, de quien Clemente de Alejandría fué discípulo; Santa Catalina enseñando filosofía cristiana y confundiendo á los filósofos paganos en las escuelas de Alejandría; Santa Perpétua escribiendo las actas de su martirio y las glorias de sus compañeros, son irrecusables testimonios.

Cuando la paz fué concedida á la Iglesia y despues de los siglos de los mártires, empezaron los de los doctores, nada hay más notable por la gravedad de sus doctrinas y la extension de su saber que Paula, Marcela, Eustoquia, y tantas otras grandes y santas mujeres cristianas; Santa Marcela fué gran auxilio para San Jerónimo contra los herejes; Santa Paula inspiró á San

Jerónimo nobles é importantes trabajos, la traducción latina de la Biblia del texto hebreo y una obra completa de comentarios sobre todos los profetas.

Es bellísima la carta de Santa Paula á Santa Marcela; se comprende cuánto haría esta para elevar el alma y las facultades de las santas mujeres y de las vírgenes que la apellidaban madre, y cuánta era la inteligencia y la elocuencia de Santa Paula (1).

¿Quién ignora en el siglo siguiente lo que fué Theresia para Paulino, el brillante discípulo de Ausone, y despues gran santo? ¿Quién ignore que Elpicia compuso himnos adoptados por la liturgia romana?

Una de las primeras leyes impuestas á las vírgenes cristianas entre los bárbaros, fué aprender y cultivar la literatura.

Cuando se descubria en alguna de ellas signos de clara y perfecta inteligencia, se le prohibian las labores ordinarias para que pudiese dedicarse por completo á los trabajos intelectua-

---

(1) Se leerá con gran interés en la *Historia de Santa Paula*, que acaba de publicar el abate F. Lagrange, los capítulos en que se relatan los estudios de las damas romanas acerca de la Santa Escritura, en la escuela de San Jerónimo, y los estudios de la misma Santa en Belen, bajo la dirección del Santo.

les, según precepto de San Cesáreo. En la mayor parte de los monasterios se las veía dedicadas al estudio, traduciendo, copiando, descifrando sin interrupción, y escribiendo originales notabilísimos.

Santa Radegonda recogió en Poitiers á uno de los últimos poetas romanos, para que sirviera de maestro á sus religiosas, que bien pronto le aventajaron. La pureza, la elegancia clásica, reviven en los escritos de Baudonovia.

Todo el encanto de la inspiración cristiana se revela en un himno que á la muerte de Santa Radegonda improvisó una de sus religiosas, floreciendo sobre la tumba de la que tanto amó las letras, una de las siemprevivas de la Iglesia.

Los monasterios de Inglaterra, Irlanda y Francia son escuelas de mujeres eruditas y piadosas.

Consta, según testimonios numerosos y respetables, dice Mr. de Montalembert, que los estudios literarios cultivados en los siglos VII y VIII en los monasterios de mujeres en Inglaterra se hacían con tanto cuidado y perseverancia como en las comunidades de hombres, y tal vez con mayor inspiración.

Las religiosas anglo-sajonas no descuidaban por esto las labores propias á su sexo; pero el

trabajo de mano no les bastaba; dejaban con placer la aguja y el huso por la pluma y el pincel, adernando con preciosas miniaturas sus escritos, según el gusto de la época, y dejaban, sobre todo, las labores, por el estudio en los libros de los Santos Padres de la Iglesia y hasta por los clásicos (1).

Santa Gertrudis, en el reinado de Dagoberto, sabía todas las escrituras de memoria y las tradujo del griego. Mandaba al otro lado de los mares por maestros irlandeses que enseñasen la música, la poesía y el griego á las vírgenes claustrales de Nivelles.

De todos esos hogares salían brillantes antorchas, como Lioba, fundadora de la abadía de Bischofsheim, Roswitha, Santa Brígida. El estudio del griego fué inaugurado por una mujer en el monasterio de Saint Gall. Los resplandores del talento de Hilda eran apreciados en la

---

(1) *Los monjes de Occidente*, tomo V.—Este quinto volumen y los dos que le preceden, escritos sufriendo el autor una pertinaz y cruel enfermedad, pasan por su vigor, por la ternura y la elevación de corazón que se adivina y enseña que un alma cristiana se basta para sobreponerse á todas las miserias humanas. Hé ahí libros que quisiera ver en todas las manos, hoy que tantos libros de miserable literatura y de mal sanos olores nos asfixian.

Iglesia anglo-sajona hasta el punto de que más de una vez la santa abadesa asistía á las discusiones de los santos Prelados reunidos en Sínodo ó Concilio, queriendo recoger los avisos del cielo de la que ellos juzgaban inspirada por el Espíritu-Santo.

Seria preciso anotar multitud de nombres si quisiéramos recordar los ejemplos que la historia nos presenta de mujeres en las que la santidad acompaña al talento y al don de la ciencia más luminosa.

Podríamos citar á una hija de Guillermo el Conquistador, Cecilia, abadesa del monasterio de Caen; á la ilustre Ema, abadesa de Saint Amand, y, sobre todo, á Herrada, que pasmó al mundo con sus estudios acerca de la cosmología, en los que se resume toda la ciencia de su tiempo.

En el duodécimo siglo, Santa Ildegarda tenía revelaciones acerca de la constitucion física del globo, y escribía sobre las leyes de la naturaleza tratados que adelantaban la ciencia moderna. Eran las obras de esta ilustre mujer notables por la elevacion y la nobleza de espíritu que revelaban.

La admirable página citada en la *Lógica* del Padre Gratry fué escrita por Santa Isabel de



Schenawge. Santa Ildegarda y Santa Isabel vivian en el monasterio, á orillas del Rhin, donde las mujeres pintaban, trabajaban; donde se hacian obras admirables, segun el mismo P. Gratry.

¿Y qué diré de Santa Catalina de Sena, que compartió la gloria de los grandes escritores, segun dice Ozanam?

Mr. de Maistre dice que está loca la jóven que pretende pintar. ¡Cuántas santas han tenido esta locura: Santa Catalina de Bologne era célebre miniaturista; escribia tratados eruditos, pintaba obras maestras y componia música sagrada. Hasta en su lecho mortuorio compuso música con instrumentos inventados y hechos por ella.

La Iglesia la representa con la lira que inventó.

Despues de tantas notabilidades, llegamos á Santa Teresa, de quien ya hemos pronunciado el nombre aquí. Mr. de Maistre está vencido. Sí, el génio vive en la inteligencia de una mujer; vive, ¿y por quién? por lo más alto y lo más sagrado. Temería incurrir en una profanacion pronunciando el nombre de obras máestras y de génio humano á propósito de aquellos de sus admirables escritos, llenos de luz divina, pasmo de la humanidad, maravilloso eco de la voz del

cielo que nos despierta en la tierra. ¡Quién ha podido realizar tan bella y natural grandeza!

La religion cristiana salvó á la mujer de su antigua abyeccion; á ella le debe la libertad del alma, del corazon y de la inteligencia; no hay que extrañar, pues, que todos estos nombres pertenezcan á santas mujeres; es el tributo rendido á la doctrina que las redimió.

Termimaré esta ligera reseña sobre la historia, no tanto de mujeres sábias como de mujeres inteligentes, de corazon, inspiradas por la fé y la religion, manifestando que en tiempos más cercanos, Cristina Pisani ha escrito Memorias admirables acerca de Carlos V, en las que se nota gran elevacion moral y encantador estilo.

Tambien nombraré á Isabel de Valois y á la interesante María Stuard, que sostuvieron por muchos años larga correspondencia latina sobre la conveniencia de los estudios literarios.

En la escuela boloñesa se distingue como pintora religiosa Isabel Sirani en el siglo xvii.

En Milán fué recibida de doctora Elena Coronado, y murió en opinion de santa en el siglo xvi.

La venerable madre de Chaugy fué insigne escritora á principios del siglo xvii.

¿Y cómo olvidar á Mad. de Sevigné y madama de la Fayette?

En fin, en el siglo XVIII recordamos á la señorita Lezardiere, que escribió una obra, de la que dice Mr. de Guizot ser la más instructiva que existe sobre el antiguo derecho francés. Vivió consagrada al trabajo, á la caridad y á las más austeras prácticas religiosas con el sólo pensamiento de hacer la primera obra que ha trazado el camino á las ciencias modernas, obra de prodigiosa erudicion, *La teoría política de las leyes francesas*.

Aquella sábia mujer—preciso es que le demos este dictado—vivió aislada en un castillo, con tal piedad é inspirando tanta á cuantos la rodeaban, que su memoria es todavía venerada por sus compatriotas.

Podria citar muchos nombres para rehabilitar el dictado de *mujer sábia*, pero he ofrecido abandonarlo.

Mr. de Maistre concluye sus disertaciones diciendo: «Las mujeres no han hecho *obras maestras*.» ¿Qué quiere decir esto? ¿Pretende acaso deducir que su trabajo intelectual ha sido y será estéril, y que no hay que contar con él?

Hemos visto, y la historia nos lo declara, hasta qué punto el trabajo y la ciencia de las

mujeres auxiliaron á los que nos conservaban la preciosa herencia de las ciencias antiguas. Singular sería pretender arrojarlas del buque que, con su poderoso esfuerzo, ayudaron á salvar de las tempestades de la barbarie.

Y además, ¿es preciso hacer obras maestras para justificar el talento? NÓ. Dios manda el rocío para las violetas como para las encinas.

Por otra parte, el triunfo de nuestros enemigos debe servirnos de estímulo. Si mujeres de talento han hecho mucho mal, preciso es que la mujer cristiana luche con valor por el bien.

¿Quién duda que hay muchos libros y que uno más es una gota de agua en el Océano? ¡No importa! Si todos no están destinados á la gloria, los hay que sirven para consolar á un número de almas: como el pan de cada día, útil para el momento presente, aunque no llegue á mañana.

«Si trabajais para Dios y para vosotros, para comprender mejor la palabra del Verbo, en vosotros mismos, ha dicho San Agustín, siempre encontrareis quien os comprenda.»

¡Cuánto consuelo encierran estas palabras para los humildes trabajadores; para los esfuerzos del alma fiel que desenvuelve las facultades recibidas de Dios, ignorando todavía á qué serán destinadas!

Cultive cada uno los dones que se le han concedido: la inteligencia es el mayor.

En el campo del padre de familia nadie debe cruzarse de brazos.

Diránme que la mayor parte de los ejemplos que cito prueban que la mujer ha nacido para la ciencia cristiana. Lo confieso. Cuando la inspiración nace en el alma de la mujer, se eleva hasta los cielos; su talento se hermana con la virtud, brillando cual antorcha que alumbra el camino de salvación.

Pero ¡ah! es preciso reconocerlo; ¡cuántas veces se ha extraviado la mujer de talento nacida para producir grandes obras!

Mr. de Maistre, después de descargar la fuerza de su mal humor contra Mad. Stael, á quien descortésmente apellida *La ciencia con enaguas é impertinente mujerzuela*, calificando sus obras de *brillantes androjos* confiesa, sin embargo, con sus habituales é impetuosas contradicciones, que sólo ha faltado á Mad. Stael la antorcha de la verdad para elevar al mayor grado sus inmensas facultades.

«Si hubiese sido católica, dice después, en vez de famosa, hubiera sido adorable.»

¡Qué diría de las mujeres de nuestro siglo!

En el día, ¡qué de fracasos intelectuales!

¡Cuántos talentos perdidos para la causa divina; talentos que hasta en su caída llevan impreso el sello divino! ¡Templos derrumbados, de entre cuyas ruinas se escapan estos ecos lastimosos!

«¡Oh, grandeza mía! ¡Oh, vigor mio! Habeis pasado por mí como nube de asoladora tempestad; habeis muerto y esterilizado las flores y los frutos de la tierra, convirtiendo mi heredad en triste erial!

«¡Oh, mi orgullo! ¡Oh, mi ciencia! Os habeis levantado como torbellino abrasador arrastrado por el simoun; como terrible pedregal, como el polvo habeis sepultado las palmeras del desierto, habeis turbado las tranquilas aguas de las fuentes. He buscado el manantial, y no le he hallado, porque el insensato que pretende trazar su camino sobre las altivas cumbres del Oreb, olvida el humilde sendero que conduce al arroyuelo del oasis.

«¡Oh, mi santo orgullo! ¡Ciencia mía! ¿Erais enviados del Señor? ¿Erais tenebrosos espíritus? ¡Oh, religion mía! ¡Oh, mi esperanza! Me habeis arrastrado por un mar sin límites, como frágil y ligera embarcacion entre las brumas y los vientos, ¡vagas ilusiones, vanas imágenes de una pátria desconocida! y cuando fatigada de tantas luchas, doblegada bajo las tempestades,

»os he preguntado dónde me conducíais, habeis  
»encendido faros en los escollos para enseñarme  
»aquello de que debía huir y lo que no debía  
»afrontar. ¡Oh, religion mia! ¡Oh, esperanza mia!  
»¿Erais extravíos de mi razon, misteriosa voz de  
»Dios vivo?»

Y bien; yo recojo con emocion y tristeza vuestro grito de angustia, y os digo á mi vez:

Nó; ese anhelo celeste, esa necesidad de Dios, esa fuerza, esa grandeza, ese santo orgullo, no son malos espíritus; son grandes y nobles facultades; dones sublimes, ¡pero es preciso no extravíarlos!

Es preciso consagrarlos á la verdad, á la virtud, y no convertirlos en espíritus de las tinieblas.





## IV.

### El deber.

No tan sólo tiene derecho la mujer á la cultura intelectual, sino que es un deber á la vez; hé aquí lo que le hace inalienable. Si no fueran más que derechos, podrian sacrificarlos; pero siendo deberes, el sacrificio no es posible, ó sería su ruina.

Este es el punto de partida de donde se deriva cuanto he de decir; lo declaro sin titubear.

Si constituye en la mujer un deber el estudio y la instruccion, el trabajo intelectual debe ocupar un lugar reservado entre las ocupaciones que le son indispensables y entre sus obligaciones más importantes.

Las primordiales obligaciones de estos deberes son graves, de origen divino y, por tanto, absolutamente irrecusables, hélas aquí:

Dios no da inútiles dones; en todas sus obras hay una razón, hay un fin; si la compañera del hombre es una criatura razonable, si, como el hombre, ha sido creada á imagen y semejanza de Dios, si ha recibido como él del Criador la sublime inteligencia, es para utilizarla.

Tanto más, cuanto que todos los dones recibidos de Dios han de servir y ser cultivados. La Escritura lo declara así: las almas, como la tierra, cuando se la deja yerma, sólo produce plantas silvestres, *spinas et tribulos*, y Dios no ha hecho, como la del hombre, el alma de la mujer para ser estéril, ligera y enfermiza tierra.

Todavía más; toda criatura inteligente dará cuenta á Dios de esos dones; cada uno, en el día del juicio, será tratado según los recibidos y el empleo y fruto de ellos.

Dios nos ha dado manos que, según los intérpretes, son las representaciones de la actividad inteligente; pero á condición de no presentarnos á Él con ellas vacías.

Por fin, bien claro nos lo demuestra por la parábola de los *talentos*; y todavía no conozco ni un padre de la Iglesia ni un moralista, hasta ahora, que afirme que esta parábola no atañe tanto á la mujer como al hombre. No hay ninguna distinción que hacer; todos rendiremos

cuenta de aquello que nos haya sido confiado; el buen sentido humano, como el sentido divino, indican clara y distintamente que nadie tiene derecho á derrochar los bienes que el cielo le confiara.

No está permitido, dice San Agustín, á ninguna criatura á quien Dios ha confiado la lámpara de la inteligencia, conducirse como las vírgenes nécias, dejando consumir el aceite sin prevision y apagar la luz que debe iluminar el hogar, pues se trata de una esposa y de una madre.

En la mayor parte de los libros en que se habla de la mujer, de su destino, de su virtud y de su mérito, lejos de considerarla *creada á la imágen de Dios, inteligente, libre, RESPONSABLE DE SUS ACCIONES DELANTE DEL CREADOR*, la hacen propiedad del hombre, creada para él sólo, y sin *más fin que él*. En estos libros, la mujer es un sér deslumbrador que se adora sin respeto; y en el fondo un sér inferior, cuya existencia no tiene más objeto que el placer y la frivolidad del hombre, dependiente, ante todo, de éste, que es su único dueño, su legislador, su juez; enteramente como si no tuviera ella alma, inteligencia ni libertad moral; como si nada fuera para ella Dios, y como si no le hubiera dado necesidades á su alma, facultades, aspiraciones y, en

una palabra, *derechos* y *deberes*. Se declama, con razon, contra la frivolidad de la mujer y el deseo de agradar, que parece en ella innato, pero tan sólo se debe á la falsa educacion que recibe.

Por el incomprensible temor de hacerlas *sábias* temen desarrollar la inteligencia femenina, como si fuese nunca bastante ilustrada la que tiene sobre sí tantos deberes que cumplir.

¿Por qué se ha de obligar á la mujer, que se siente arrastrada por el atractivo del estudio á ocultar su inclinacion, como si se tratara de una falta?

Aún más: si se la permite alguna instruccion, es hasta cierto límite; como dice Mr. de Maistre, para comprender lo que dicen los hombres, para hacerlas un poco agradables, mezclando á su ignorancia cierta ligereza, un tanto salpimentada.

De tal modo teme el hombre perezoso á la mujer *sábia*, que no sólo no quiere trabajar, sino que no permite que ella estudie.

Todavía iré más lejos.

El deseo de agradar, la ligereza de carácter, ¿no la alimentan, por ventura, enseñándola como único término de su existencia el hacerse querer del hombre? ¿Qué extraño, pues, que cifre toda su ambicion en el bien parecer?

Podreis convencerla de que ha nacido para uno sólo, que los otros no existen para ella; esto está perfectamente de acuerdo con la doctrina cristiana, que á la vez que concede derechos impone deberes; pero fuera de la virtud cristiana, cuando ese *uno* es innoble, vicioso, indigno de todo aprecio, y los atractivos en todo su esplendor aparecen en otro, ¿cómo le direis desprecie á éste y estime á aquél? ¡Imprudentes! le habeis dicho que es un *sér incompleto, que no se basta á si sola* y que necesita el apoyo de un *sér superior*, y la juzgais criminal cuando encuentra otro que responde mejor á sus sentimientos y sufre su funesta atraccion; sin considerar que, si atropella santos deberes, nuestra es en gran manera la culpa.

Lo afirmo sin titubear; la moral cristiana enseña con absoluta y decisiva autoridad á la mujer sus verdaderos derechos y sus grandes deberes.

Mientras no la persuadais de que ante todo está Dios, despues su alma, y despues su marido y sus hijos, pero siempre despues de Dios, con Dios y para Dios, no habreis hecho nada, ni por vuestra dicha, ni por el honor de vuestras familias.

Sin duda alguna el matrimonio condensa dos almas en una. Siendo la familia como el tronco, las hojas y el fruto de un árbol.

La absorcion excesiva de la *personalidad* de la mujer en el marido, era tal vez útil para preservar á la antigua matrona. Las restricciones morales é intelectuales tenian razon de ser cuando los deberes no estaban sancionados con firmeza. La reclusion del gyneceo preservaba á la familia de terribles desórdenes; pero la mujer cristiana ha nacido para más altos destinos. Para ella el gyneceo y el harem son inútiles.

La mujer cristiana ama á su marido, á quien se ha consagrado ante Dios, con una ternura y abnegacion que no han sido conocidas en el paganismo, juzgando por el énfasis con que aplauden los historiadores hechos vulgares y habituales entre nosotros.

La mujer del cristianismo se considera como compañera del hombre en la tierra y en el cielo, *socia adjutorium*; como obligada á ser su consuelo y su dicha; pero considera tambien que los esposos deben ayudarse, y despues de haber cumplido su mision en la tierra, gozar eternamente la misma felicidad; pues bien, para tan alto destino, *la educacion de la mujer nunca será bastante atendida, bastante grave y extensa.*

El sistema contrario se asienta sobre una apreciacion pagana acerca de su destino, y tambien se ha dicho, con razon, que la pereza

del hombre, que desea conservar á poca costa su superioridad, es lo que ridiculiza los estudios en la mujer.

Para los paganos, la mujer es un ser agradable, pasivo, subalterno, creado solamente para su regalo; pero, como he dicho, el cristianismo piensa y obra de otra manera; la virtud cristiana en el hombre y en la mujer ha de ser voluntaria, noble, activa, inteligente.

Preciso es que la mujer conozca toda la extension de su deber y que sepa aprovechar esta sana doctrina en propio provecho como esposa y como madre.

En el voluptuoso é impío siglo xviii se ha proclamado la ignorancia de la mujer ridiculizando su instruccion. El regente y Luis XV contribuyeron á ello más que Molière, como tambien crearon más antipatías contra la religion que el *Tartufo*.

Érales útil á los maridos sin virtud, tener mujeres sin valor ó valiendo tan poco como ellos; y por lo mismo incapaces de intervenir contra sus desórdenes.

La mujer superior se impone al marido sin darse cuenta de ello tal vez; pero le hace sufrir la influencia de su recto juicio y le impide entregarse á todos sus caprichos. Hé aquí por qué

los maridos viciosos necesitaban mujeres ignorantes.

En *Las preciosas ridículas* como en *Las mujeres sabias*, ha criticado Molière la frivolidad y la pedantería; pero el siglo XVIII no ha guardado de su crítica más que lo que se ha acomodado á la superficialidad de sus costumbres. La regencia estableció como ley la preocupacion, y todos aquellos hombres comprometieron el honor de sus descendientes, por no tener mujeres que les pudieran juzgar en lo que valian, que fueran conciencias vivas, censores animados: optaron por mujeres vanas y frívolas como ellos, y prefirieron hacer del matrimonio un contrato en el que sólo se contaba con la fortuna y títulos de nobleza y en el que el corazon y los sentimientos de uno y otro interesado para nada se consultaban.

Con horror hemos visto la corrupcion en que cayó entónces la sociedad.

¿Cómo Mr. de Maistre, que ha podido apreciar los frutos de la semilla sembrada en otro siglo y el castigo que tal corrupcion mereció, no ha comprendido que la relajacion de la mujer fu é una de sus primeras causas, y que la animadversion contra la cultura de la mujer está sostenida por el vicio?



## V.

### Peligros de la compresion.

La naturaleza habla en alta voz; la naturaleza humana pide ser instruida y elevada en todas sus facultades. He de decirlo: yo no he encontrado nada peor que la restriccion de las facultades intelectuales y el desprecio de las exigencias del espíritu; hambre y sed sin satisfacer. ¡De ahí ese deseo, que es un tormento, de saber, que á falta de la verdad y la ciencia se nutre de falsedades y desvaríos; de ahí esas pasiones buenas y generosas en su origen, que se desvían de la verdad y la virtud; de ahí esas tortuosas sendas que atraen á la ignorancia, que no sabe juzgar, ni escoger, ni contenerse: *con-versi dirumpent vos*, dice el santo escritor!

¡De ahí el secreto de tantas *caidas*, de tantos escándalos, ó por lo ménos de tantas y tan miserables frivolidades entre las mujeres!

Si aquellas ardientes y ricas inteligencias hubieran sido mejor dirigidas, no habría que deplorar tanta ruina, no tendríamos que llorar sobre el injusto nivel á que se han colocado todas las inteligencias. Vemos á muchas mujeres, que la naturaleza ha colmado de raras dotes intelectuales, que han nacido para ser la honra de la familia, llamadas á lucir en sociedad, y que, sin embargo, contenidas en estrechos límites por una descuidada educación son, en efecto, mujeres elegantes que brillan en sociedad hasta los treinta años, y que después sólo son frívolas é inútiles medianías. Ciertamente no podrá dárseme una sola razón contraria; pero tengo aún otra importante observación que hacer.

Mr. de Maistre ha querido hacer á la mujer humilde y virtuosa en la aridez de *los deberes*, sin dejarle para elevarse y sostenerse más consuelo que saber que «Pekin no está en Europa.»

Es imposible; no puede vivir en baja esfera la que tiene aspiraciones tan altas, y si no se la dejan las dulces alegrías de la inteligencia para descansar de los trabajos materiales que pesan sobre ella, no es extraño que rechace los que la humillan, si son exclusivos, y que busque distracción en la frivolidad. ¿A qué hacernos ilusiones, si esto es lo que vemos diariamente?

Hay en los deberes que impone una familia muchísimo fastidio, y mucho cansancio en las obligaciones de *ama de casa* y en los mil detalles materiales, tantas veces repetidos. ¿Dónde encontrará la mujer consuelo? ¿Quién puede dar legítimo empleo á su imaginacion, casi siempre apasionada? ¿Quién ofrecerá justa satisfaccion á su inteligencia y permitirá á la mujer juzgarse algo más que una sirvienta?

Preciso es confesarlo, ya que la experiencia ha fortalecido mi conviccion acerca de este particular. Hay horas en que la piedad misma, la piedad ordinaria no basta; es preciso un trabajo sério que ocupe la imaginacion. El dibujo, la pintura, no llenan por completo la aspiracion de una mujer, á no ser una gran artista. Preciso es una completa aplicacion de la inteligencia, un estudio grave, sério, filosófico ó religioso, con el cual renacen la serenidad, la calma y el bienestar. No hay que hacerse ilusiones: los principios rígidos y las ocupaciones frívolas, la devocion y una vida simplemente material y mundana, engendran á esas mujeres sin recursos propios, casi siempre insoportables á sus maridos y áun á sus propios hijos.

Pero dejad á la mujer algunas horas al dia de trabajo intelectual, en las que las facultades de

su alma se equilibren; en las que todo se ordene en su espíritu; en las que descansen su fatigado entendimiento, y su buen sentido y rectitud de miras tomarán su lugar, la exaltación cederá y la paz penetrará en su alma. Entónces levantará la cabeza y comprenderá que esa vida de inteligencia á la cual aspira, y de la que su naturaleza necesita, no le está negada. Entónces caerá de rodillas aceptando la vida y sus deberes, adorando la voluntad de Dios, y este será el precioso fruto de un trabajo que podrá sustituir á la oración, tranquilizando su espíritu y satisfaciendo en la mujer una de sus más nobles y justas aspiraciones.

Muchas veces he oído á algunas madres lamentarse de la precocidad de sus hijas y del exceso de su inteligencia, proponiéndose combatirla por la educación por temor á que les sea funesta. «¿Qué han de hacer con ella, dicen; cómo acomodar su talento á la vida real de la mujer, tan mezquina y oscura desde los primeros años de su juventud?»

Estas palabras me han sublevado siempre en mi fuero interno. ¡Cómo! ¡Pretendeis destruir la obra divina; quereis aprisionar la inteligencia de un alma en la que Dios ha depositado el gérmen de la vida ideal! Respetais en los hombres aquel

don, porque puede conducirles á un fin lucrati-  
vo, á una posicion social; pero como en la mujer  
los grandes conocimientos no tienen valor, rela-  
tivamente con lo que se paga el trabajo del  
hombre, creéis más juicioso abandonarla á una  
ignorancia completa. Cortad, pues, las ramas  
de una planta que necesita para vivir mucho  
aire, sol y espacio; dejad perder como inútil la  
závia que la sustenta, y conseguireis hacer de la  
que habia nacido para ser frondoso árbol, un  
arbusto raquíptico y sin vida. Martirizadla cruel-  
mente al verificar esta mutilacion, y pronto la  
vereis morir. Apagar la luz divina en un alma,  
creada por Dios para brillar, es sembrar el gér-  
men de un sufrimiento que jamás se calmará y  
que tal vez la arrastre á extrañas exajeraciones.

No hay tormento comparable á esa necesidad  
de lo bello que no se puede satisfacer, á ese  
dolor íntimo del alma que, sin saberlo, sin darse  
cuenta de ello tal vez, ha equivocado su voca-  
cion; y esa necesidad que parece responder á  
una voz divina, la siente la mujer lo mismo que  
el hombre, en la vida ideal como en la mate-  
rial. «Nuestra alma es un pensamiento de Dios.»  
Es decir, que existe para ella un plan divino del  
que nos acerca ó nos aleja nuestro esfuerzo ó  
nuestro abandono; pero que siempre existe en

la sabiduría y bondad divinas. Para realizarlo, toda la grandeza de alma, de corazón y de inteligencia es poca.

Difícil es preveer, desde luego, á qué destina Dios estos dones; pero la verdad es que los destina para algo, y que si somos fieles á esta vocación providencial, nos libraré de temibles peligros; preciso es, ante todo, sondear la naturaleza, no hacer de las inteligencias más que lo que pueden ser; es decir, desarrollarlas en el sentido á que respondan sus facultades. Ciertamente no quisiera yo crear talentos ficticios por una cultura á que la naturaleza no responde; pero tampoco quisiera dejar olvidados los que realmente existen. Lo más peligroso para la mujer es una instrucción incompleta; un asomo de ciencia en un talento vulgar le hace entrever horizontes superiores, sin fuerza para alcanzarlos; cree que sabe todo lo que realmente ignora, y arroja su alma en confusiones, haciéndola concebir un orgullo que suele traducirse por funestos desvaríos.

Cuando no se equilibran las aspiraciones y la fuerza que las realiza, después de vanos esfuerzos para alcanzar su ideal, el alma, que ya no se contenta con la vida vulgar, necesita algo que eleve su espíritu y su imaginación, y busca

emociones y placeres, siempre peligrosos, cuando no culpables.

Si no se dirige esta antorcha á lo alto, devorará sobre la tierra los alimentos más groseros. Una persona dignísima me decía: «En las artes hay que temer las medianías; un gran talento salva muchos peligros.» Es preciso, cuando se da el empuje llegar al fin á que se camina, sin lo cual no se sabe dónde se irá á caer.

He presenciado terribles ejemplos; he visto cómo acaban las inteligencias aprisionadas y la riqueza de talentos que se han hecho abortar.





## VI.

### **Funestos efectos de la ignorancia y de la frivolidad en las mujeres.**

Insistamos sobre tan grave asunto. Quéjase el mundo justamente, segun decíamos antes, de la ligereza, la frivolidad de las mujeres, su lujo y sus coqueterías; pero podíamos responder á muchos de los que se lamentan: ¿Con qué derecho os doleis? En efecto, no se quiere con frecuencia, no se inspira, no se prepara otra cosa en la educacion que se les da; en una palabra, no se les deja otra mision en el mundo. Lejos de educarlas como se debiera, de fortalecerlas, de ennoblecerlas, se las rebaja, se las enseña la molicie, se las humilla. Lejos de formar su gusto por las cosas sérias ó por lo ménos dignas de interés, se las enseña á burlarse de las que tienen semejantes gustos, se las reduce á la frivolidad, á la murmuracion, á la medianía en todo,

y por consiguiente, al aburrimiento, que es el peor de los consejeros. Más digno sería recordarles lo que son ante Dios y en el orden de la creación, lo que pueden por Dios, lo que deben á la sociedad, á la patria, á sus maridos, á sus hijos y á sí mismas.

Habría que decirles, sin ambajes, que ellas, las hijas de Eva, á quienes la humanidad debe el castigo del trabajo, han de aceptar el fruto amargo, es cierto, pero expiatorio, honroso y saludable; que ellas deben adquirir santas costumbres desde la infancia para inspirar despues á los demás el gusto, ó por lo ménos el valor; que á ellas corresponde hablar ese persuasivo lenguaje de la razón y de la fé, que hace del trabajo la ley primordial de la humanidad, y al mismo tiempo una recompensa y un poder.

¿Se emplea con ellas este lenguaje? Lejos de eso se irritan contra los que las enseñan el noble y santo uso que deben hacer de la influencia que les fué concedida, no para ser las reinas de un baile, no para brillar á la luz de mil bujías, sino para ser en el hogar abogados inteligentes y sufridos de todo lo que es justo, noble y generoso; no para empequeñecer, si puede decirse así, el carácter del hombre, sino para recordarle incesantemente que la vida se compone de

deberes, que el deber es grave, y que la dicha solo se encuentra en su cumplimiento.

En lugar de esto, ¿qué se hace de ellas? Estrellas de un día, meteoros tal vez funestos con frecuencia para el reposo, la fortuna y el honor de la familia. Las mujeres que tienen el esplendor y la vida de los cometas, ejercen también su funesta influencia; mejor, pues, que repetirles las lisonjas que las enloquecen, sería manifestarles que su belleza no durará siempre como á los veinte años y que pronto necesitarán otros recursos y otro ascendiente que los de su hermosura y los de su capricho. Digáseles también que si conservan, á pesar de todo, dominio sobre su marido, esta autoridad *frágil* no les dará ningún ascendiente sobre sus hijos, verdadera mira, primer deber, única dicha de la mujer: tener influencia con sus hijos, *sobre todo con los varones*. Pero para esto, no solo se necesitan *bondad, ternura, paciencia, sino que es fuerza tener clara razon; reflexion, buen sentido, inteligencia*. Preciso es, pues, para ello la verdadera instruccion, el estudio, la educacion.

¡Qué pocas mujeres tienen esta suerte, y qué pocas pueden ayudar á sus maridos y servir á sus hijos!

«En general—me escribia una señora, cuya

posicion la obligaba á estar en el gran mundo, pero que tenia la inteligencia de sus deberes y sabia cumplirlos—en general, no sabemos nada, absolutamente nada. No podemos hablar más que de modas, de trajes, de carreras de caballos y de ridiculeces de unos y otros. La mujer conoce de nombre á todos los actores y todos los caballos famosos; sabe de memoria todo el personal de la Opera y el de Variedades; el *Stud-Book* la es más familiar que la *Imitacion*; el año pasado apostaba por un caballo y este año por otro; el gran *Derby* la entusiasma; el triunfo de *Fille-de-l' Air* es para ella una victoria nacional; citará las modistas más afamadas, el guarnicionero de moda, los almacenes que hacen furor; estimará el mérito respectivo de las cuabras del conde de la Grange, del duque de Morny ó de Mr. Delamarre. Pero haced girar la conversacion á un terreno en que se discuta de historia ó de geografía; hablad de la Edad Media, de las Cruzadas, de las instituciones de Carlomagno ó de San Luis; comparad á Bossuet con Corneille, á Racine con Fenelon; pronunciad los nombres de Camoens, del Dante, de Ozanam, del conde de Montalembert ó del padre Gratry, y la pobre mujer enmudecerá. No puede conversar más que con jóvenes ligeras; es incapaz de hablar de

agricultura, de negocios, de política, de artes, ni de ciencias; no puede hablar ni con su suegro, ni con un sacerdote, ni con ningún hombre grave, y, sin embargo, el primer talento de la mujer debe ser el de saber hablar con todo el mundo. Cuando su suegra visita á los pobres y las escuelas, y pretende asociarla á sus piadosas tareas, no comprende el alcance de aquellos actos, porque la bondad de corazón y la compasión no bastan en ciertas clases para las obras de caridad. Para adquirir predominio, para dar á la Beneficencia todo su valor, todo el interés moral que encierra, es preciso una inteligencia que solo se adquiere con el estudio y la reflexión.»

Y ahora debo avanzar más é indicar las consecuencias funestas de tal estado de cosas para la familia, para la religion y para la sociedad; diré la verdad sin ambages.

He sabido, he visto—y he bendecido á Dios por ello—todo cuanto hace y cuanto puede en la familia una mujer, unamadre cristiana; ¡qué de cosas se admiten por su influencia! Cuántas ideas rechazadas al pronto son adoptadas luego; ideas religiosas, ideas de caridad, ideas desinteresadas, de resignacion, de perdon y aún de trabajo, aunque no tan frecuentemente.

La penosa verdad que quiero consignar es que la educacion, áun la más religiosa, da muy raras veces aficion y gusto para el trabajo á las jóvenes.

Diputados de Dios en el hogar, guardianes de las santas tradiciones de fé, de honor y de lealtad, las mujeres más cristianas y más piadosas, parecen adversarios del trabajo, ya de sus maridos, ya de sus hijos, especialmente los varones: ven como un fraude personal el tiempo que se emplea en él, ¿Es esto un vicio de su inteligencia ó de su aptitud? Nunca me ha ocurrido pensarlo, y áun afirmo lo contrario; atribuyo esta indolencia, primeramente á la educacion que se les da, ligera, frívola y superficial, cuando no falsa, y luego al papel que se les destina en el mundo, al lugar que se les reserva en la familia, hasta en las más cristianas.

No se quiere que la mujer estudie, ni ella quiere que se estudie á su lado; se aspira á que ellas no hagan nada; tampoco ellas quieren que se trabaje, ó por lo ménos no animan á sus maridos ni á sus hijos á nada que merezca una atencion grave ó trabajo asídúo, y llevan su capricho hasta oponerse á todo lo que puede aminsonar sus diversiones y su libertad; y esta es una terrible desgracia, porque su influencia se

deja sentir en este punto más que en otro alguno. En vano diremos á los hombres: trabajad, aceptad empleos, ocupad el tiempo, en tanto estén allí las mujeres para destruir el efecto de nuestra palabra. Mientras la madre aconseje á su hija que no se case con un empleado; mientras la esposa emplee todos sus recursos apartando al marido del trabajo; mientras la madre no inculque en su hijo la idea de la precision de cultivar su entendimiento y sus facultades, como se cultiva una planta preciosa; mientras esto no suceda, la ley del trabajo será menospreciada.

En el actual estado de costumbres, en el grado que ocupa la familia en la sociedad, solo la mujer puede imponer el trabajo, preparándolo desde la infancia, facilitándolo y reservando para él un tributo de aprecio, de ánimo y de admiracion.

Sucede, por desgracia, todo lo contrario. Se encierra á los niños lo más pronto posible en los colegios, ó se les da si son varones, un preceptor, si son hembras, una *institutriz*. La madre se priva gustosamente, lo más pronto que puede, de la felicidad suprema de dar á sus hijos la primera vida de la inteligencia, como les dió la vida material. El niño va, pues, al colegio ó al con-

vento, y lo primero de que se preocupa la madre es de que no trabaje demasiado. Peor es si tiene un preceptor ó una *institutriz*. La madre parece frecuentemente el adversario declarado de estos, reprendiéndoles sin cesar, distrayéndoles, llevando á los niños con ella continuamente é interrumpiendo sus estudios. Esta madre, débil y ciega, sueña para sus hijos con partidas de caza, reuniones, bailes, espectáculos, baños de mar; les sigue con la mirada en los salones, loca con sus triunfos, cuando más razon tendria de lamentarse por el tiempo perdido para ellos. Vanidosa de sus hijos, ya que no puede serlo de sí misma, á causa de los años, se desespera al oírles una frase vulgar ó notar la omisión de un cumplido, y mira con indiferencia su atraso intelectual.

Esta madre no dirá á sus hijos: «has nacido para otra cosa más alta, y es preciso que tiendas á ella; instrúyete, reflexiona, aprende á conocer á los hombres y las cosas y á tí mismo, para poder dominarte; sé hombre distinguido, sirve á tu patria, créate un nombre si no le tienes, y si lo has heredado, hazte digno de él; fórmate una reputacion propia.»

Pocas madres sostienen estas ideas ante sus hijos; las esposas las sostienen ménos cerca de



sus maridos; parecen haberse casado para corretear, gozar de la vida, divertirse y encontrar el movimiento contínuo. El campo, los baños, las aguas, la ciudad, los conciertos, los bailes y las visitas no les dejan un momento de descanso. Con gusto ó sin él, debe participar el marido de esa vida, que hace del hombre más serio un maniquí ridículo y sin importancia, cuando no le aburre y exaspera la nulidad de su sér y busca descanso en casinos y clubs.

Entónces es cuando la mujer usa de todos cuantos dones le concedió Dios en belleza, gracia, atractivo y seduccion para más altos fines. ¡Oh! si emplease la mitad de los recursos que la Providencia le concedió en persuadir á su marido de lo feliz y vanidosa que seria llamándose la esposa de un hombre notable por su instruccion, por su talento, por su posicion política, y digno modelo que presentar á sus hijos, bien sirviendo al Estado, bien ocupándose de sus bienes ó creándose en su país simpatías que puedan elevarle más tarde á las Cámaras para dar ejemplo de saber y de nobleza, sirviendo á Dios y á la nacion!

Lejos de esto, si el marido intenta tomar un libro para que descanse su espíritu de tantas frivolidades, la señora hace un pequeño gesto de impaciencia (que se califica de adorable por-

que está hecho á los veinte años; pero que pasados estos se juzgará impertinente); pasa junto al lector, se mira al espejo, se pone el sombrero, se sienta, vuelve á levantarse, pasa otra vez, suspira, y al fin estalla, maldiciendo el libro y las lecturas, que no sirven más que para aburrir y fastidiar y hacer del marido un hombre insoportable. La paz se ajusta tirando el marido el libro: no la reprende, queda ella triunfante, y ya que el esposo no ha podido elevar á su esposa hasta él, baja hasta ella, inhabilitándose de día en día.

Con esto se establece un deplorable círculo vicioso; mientras las mujeres no sepan nada, querrán á los hombres desocupados. Mientras los hombres no se decidan á trabajar, querrán que las mujeres sean ignorantes y frívolas.

Los hombres de posición se ven en el mismo tormento; ¿cuántas mujeres mortifican al abogado, al magistrado, al notario, y le hacen faltar á sus deberes y exactitud, en vez de animarles al completo cumplimiento de sus deberes? Siempre encuentran incómoda la hora de oficina, la asiduidad á ella insoportable, y llegan hasta á hacerles faltar á una cita, descuidar un asunto importante, y les parece que han alcanzado una gran victoria.

Todavía es peor el martirio de los que pertenecen á familias ricas ó que lo han sido, y que suelen preferir las carreras militares, por verse expuestos á quedar en el celibato ó á casarse con mujeres sin dote, porque al casarse con una rica, la primera imposición, la primera exigencia de la esposa, es el abandono de la carrera. Toda mujer rica se considera con derecho á que su marido *no se ocupe de nada*. En presencia de semejante preocupación, de este ostracismo conyugal, las madres más sensatas apenas se atreven á aconsejar á sus hijos la adopción de carreras que les imposibiliten para el matrimonio, á ménos de que se destruya un brillante porvenir y un pasado lleno de sacrificios casi siempre, ó bien dicen: «Mi hijo ocupará su juventud hasta que se case y renuncie á su carrera: *un casado no puede tenerla.*»

¿Y se quiere que la juventud se aplique al estudio con tal perspectiva? ¿Pueden estimar una posición que bajo el imperio de un capricho ha de terminar fijamente? ¿Qué celo, qué ambición ha de concebir un hombre que ha de arrojar su charretera y romper la espada cuando llega á capitán, precisamente en la edad en que se han pasado todas las impertinencias, todos los sin sabores de los primeros grados, en cualquier carrera militar?

He visto desesperarse á muchas madres al ver llegar á sus hijos al colmo de su ambicion, y por el capricho de una mujer abandonar lo que tanto ansiaban. Es la mayor de las ceguedades exponer á la ociosidad al que está acostumbrado á los encantos de una vida ocupada, las emociones de Solferino, el constante sobresalto del campamento, ó la vida casi aventurera y casi siempre heroica del marino.

No, no puede ser; la mujer cristiana, la madre inteligente, debe comprender el peligro, el embrutecimiento que encierra la ociosidad; el suicidio social é intelectual que produce el retraimiento de la vida activa; hay necesidad de ocuparse en favor de las costumbres, de la política, de la religion, cuestion vital, que no será comprendida ni practicada hasta que las madres la enseñan á sus hijos con el Catecismo. Este es el principal comentario que han de hacer las madres y las catequistas al explicar el importante capítulo de la pereza en los pecados capitales. Y más tarde, hasta los veinte años, deben inculcar á sus hijas estas ideas, que las hagan juiciosas, razonables; hablarles sin cesar de los inconvenientes de tener un marido desocupado; cuán difícil es entretenerle continuamente, agradarle sin cansancio, evitar el fastidio, el mal

humor y la monotonía, sin olvidar, y antes bien, fijándose mucho en que es imposible un día obligar á trabajar al hijo del que se ha apartado del estudio.

Sin duda hay momentos tristes en la vida; separarse de un marido que marcha á la guerra ó que se embarca por dos ó tres años es tristísimo; pero todavía es más triste un marido que hosteiza, que juzga á su mujer enfadosa, la casa insoportable, los negocios una carga, y esto es muy frecuente.

Yo he oido decir á algunas mujeres que tuvieron el valor de ceder á forzosas separaciones, que aquella misma pena tenia su compensacion en el cumplimiento del deber; que la ansiedad en que vivian se hallaba compensada por el goce de su alma, por la conciencia de cumplir una obligacion; que despues de la separacion sentian una alegría inmensa al aproximarse la hora del regreso, y que á la vista del regimiento ó la proximidad del buque, sentian dulces emociones que las demás mujeres no podian gozar; así debe ser: Dios no deja nada sin recompensa; todo sacrificio obtiene compensacion, para toda herida hay un bálsamo. Me han asegurado que los mejores matrimonios se encuentran en los puertos de mar y en nuestras

grandes poblaciones y centros manufactureros, de numerosa guarnicion, á pesar del bullicio y del movimiento que en ellas reina. Lo creo sin ningun género de duda, porque allí está la gente ocupada, allí todo el mundo trabaja. Cuando un marido vuelve del cuartel ó de la fábrica, y, sobre todo, cuando ha estado mucho tiempo navegando, regresa con hambre de hogar y familia. La mujer, por su parte, separada del marido durante tantas horas, le recibe con su más agradable sonrisa, con el mayor cariño le evita toda impertinencia doméstica, le oculta las mil pequeñeces que contrarían la vida y las travesuras de los niños. Estos corren presurosos á los brazos del fatigado padre, y su infantil charla y sus cariciás le consuelan y descansan; así es como los hombres quieren á los niños; cuando les precisa soportar sus impertinencias durante todo el dia, llegan á temerlos.

Y, sin ir tan lejos, pregunto yo: ¿qué preferiria un marido que ha pasado el dia de caza ó en cualquier parte ménos en el hogar; qué preferiria, repito, si encontrar á una mujer risueña, de buen humor, y que despues de haber dispuesto el bienestar de la casa, una buena mesa, se hubiera distraido pintando un cuadro, estudiando historia natural, haciendo un expe-

rimento de química doméstica y hasta resolviendo un problema de geometría agrícola; ó encontrarla soñadora, melancólica, incomprensible, con una novela en la mano, sea de quien fuere, y el pensamiento extraviado?

Si tanto insiste para persuadir al hombre y á la mujer de la necesidad del trabajo, es porque me asisten para ello fuertes razones domésticas, políticas y hasta sociales. ¿Quién no lo vé hoy día? Caminamos al socialismo. Las masas se lamentan del trabajo; se ha aumentado y duplicado el jornal en varios oficios; en vez de un día de descanso por semana, quisieran los artesanos tener tres y aún cuatro.

A las clases altas, que deben tener conciencia de sus deberes y de la importancia de su responsabilidad, corresponde dar el ejemplo, que siempre y en todo debe partir de arriba abajo. En esto, como en religion y en moral, las clases altas deben á la sociedad y á la patria una expiacion. El siglo XVIII con su corrupcion, sus escándalos y su irreligiosidad, pesa todavía sobre nosotros como satánica herencia. Lo mismo que el pecado original, sus desórdenes se lavaron con sangre, siguiendo en esto la historia de todas las depravaciones. Falta, no obstante, que expiar la inaccion, la inutilidad; á

la que se han entregado ofreciendo funesto ejemplo.

He notado que nada hay más persuasivo que el ejemplo de un hombre y una mujer de gran tono trabajando. En el campo, entre los obreros y las obreras, se cuenta el hecho, se comenta, se repite, y reconcilia, en cierto modo, á los que trabajan por necesidad con los que lo hacen despreciando la ociosidad.

Forzoso es que la nueva generacion trabaje, si aspira á su única salvacion.

La madre, sobre todo, se ha de convencer; porque la madre es el centro de la familia, en torno de la cual todo gira y se mueve, siempre que la madre sea digna de tal nombre y de su elevada mision. A lo que hemos dicho de la educacion descuidada de la mujer, añádanse las contemplaciones de la familia, la debilidad que siente por su hija, los placeres de que la rodean, el cuidado que se tiene en adornarlas desde la infancia, y despues el afan de que brillen y luzcan en una especie de exhibicion matrimonial.

Con mujeres que pasan la juventud en visitas, bailes, fiestas y distracciones, ¿cómo queris formar madres de familia juiciosas? ¡Ah! No es posible; las ideas razonables no les ocurren



hasta que la edad ó las desgracias les han quitado sus seguros medios de predominio.

Debo añadir que la sociedad y la religion son las más perjudicadas con esto, y no puede ser de otro modo. Un poco de dibujo, algo más de música, la gramática suficiente para conocer la ortografía, lo indispensable de geografía é historia, para conocer Gibraltar y el Himalaya y saber que Ciro fué rey de Pérsia; pero no lo bastante para vengar nobles memorias ultrajadas, para rechazar en algun caso las apreciaciones más erróneas; conocimiento de algun idioma, para poder leer alguna novela en aleman ó en inglés, como último barníz, pero sin el suficiente conocimiento para poder apreciar una página de Shakespeare, Milton ó Klopstock; nada de literatura general, nada de los clásicos ni de nuestros grandes autores, excepcion hecha de alguna fábula ó poesía aprendida en la infancia; en cuanto á la ciencia religiosa, lo que se pide para poder hacer la primera comunión, pero no lo bastante para responder á la más vulgar objecion, ó para imponer silencio á los detractores de la religion, á los adversarios de la razon y de la evidencia cristiana, no lo bastante para refutar los sofismas más groseros, para atraer á la fé y á los santos preceptos á su marido, tal

vez á su anciano padre: con tales elementos, con tal instruccion, ¿qué influencia ha de ejercer la mujer?

Indefensa, por lo tanto, á causa de su educacion insuficiente, leyendo tan sólo novelas y libros frívolos, ¿dónde ha de proveerse de armas que oponer á la blasfemia y el error? Por eso, á pesar de su fé y de su piedad, se verá obligada á desertar como soldado inútil, por miedo de perjudicarla en una inútil defensa, de la causa santa de Dios y de la verdad; y, sin embargo, esta causa es grande, es hermosa y es la suya propia, por ser la causa de los débiles y no reclamar para su servicio más que un corazon puro y piadoso, conviccion sincera y un poco de saber, pero este saber falta: imposibilitada de reflexionar y de buscar en buenos libros lo que no encuentra en sí propia, tendrá que guardar silencio, dejar impunemente ofender en su presencia á su Dios y su fé, bajar los ojos sobre la labor y suspirar.

Sí, suspirad, y no sólomente por esos pobres hombres que leen desconsoladores libros y se embriagan con su veneno, sino tambien porque no se encuentra nadie á su lado para abrirles los ojos, para desviarles del mal camino, para arrojar siquiera una duda en esos corazones des-

venturados, en esas conciencias erróneas: ni una madre, ni una hija, ni una esposa, ni una mujer inteligente, instruida, inspirada: y, sin embargo, tal es su esencial misión. Nadie más que ellas pueden cumplirla. Si la mujer no es el primer apóstol del hogar, ningún otro entrará en él; preciso es hacerse digna, y muy digna de realizarla.

Ahora que todo el mundo razona, que todo se discute y controvierte, que se necesita demostrar la luz y la vida, es preciso que la mujer no quede alejada de este movimiento general. Digámoslo todo; es preciso que ante una generación masculina, que, á pesar de su orgullo, toma los aires descuidados, la insignificancia, la pereza, la frivolidad, la debilidad femenina, es preciso que las mujeres se muestren graves, reflexivas, firmes, valerosas, viriles, hé aquí la palabra: cuando los hombres copian sus defectos, conviene que ellas les tomen algunas de sus buenas cualidades. «Tiempo es de que los ingénios que pretenden usar del pensamiento se despierten, dice noblemente Mr. Caro; y que cada ser dotado de razón sepa precaverse de los malhechores literarios y rechazar sus atentados contra Dios, contra el alma, contra la virtud, el pudor y la fé.»



## VII.

### Ventajas del trabajo intelectual.

Lo que reclamo aquí, ¿es solamente para la satisfaccion personal de la mujer y recreo de su inteligencia? Ciertamente que no; pero afirmo, y es evidente, que el estudio le es útil y aún necesario para el cumplimiento de sus deberes. ¿No es muy conveniente que cuando toma una institutriz ó una aya para sus hijos, sepa, como suele decirse, el fondo del oficio mejor que ellas mismas, y pueda vigilarlas, dirigir las y sustituirlas, en caso necesario? ¿No es madre más que para dar á luz á sus hijos y abandonarlos despues en manos mercenarias?

Y, sobre todo, para con los varones, tiene más importancia la capacidad de una madre, y su nulidad puede tener más tristes consecuencias. Para los hombres, no solamente no se con-

sulta á la madre, sino que si esta se opone á que su hijo ingrese en una escuela impía, se le responde: «Yo quiero que mi hijo siga tal carrera y ha de estar donde pueda hacer sus estudios preparatorios; V. ignora hasta las materias de que se componen; déjeme V. dirigir la educacion de mi hijo.» Y cuando el estudiante sale de la escuela, más henchido de orgullo que de ciencia, y el criterio acertado y cristiano corazon de la pobre madre la permiten comprender con amargura los sofismas que han enseñado á su hijo, se ve obligada á guardar silencio, porque no tiene un hecho, un dato en su memoria que hacer valer ante un error peligroso.

Por otra parte, consagrado el padre á una profesion especial, no ha notado el movimiento literario y artistico que atrae á su hijo, ya hombre; pero la madre, si es inteligente é instruida, sabrá iniciar á su hijo en todo aquello en que ella misma se complació. Le indicará los buenos autores y sus obras, las leerá ella misma con él, rechazará los malos libros y los autores peligrosos, y estimulará sus gustos encaminándolos á fines grandes y elevados.

Ciertamente, una madre está en el deber de cuidar del cuerpo de su hijo, pero tambien del alma, y más fácilmente podrá ser reemplazada

en los detalles que corresponden á la vida física que en los que pertenecen al órden moral: para lo primero, muchos podrán ayudarla; para lo segundo, estará sola, cuando no rodeada de obstáculos.

Seguir el desarrollo de la inteligencia y de los estudios de un jóven, vigilarle, conducirle con esa autoridad que da la rectitud de juicio que se impone; la inteligencia, unida á la bondad que inspiran confianza y admiracion, para esto se necesita un conjunto de cualidades poco comunes. ¡Cuántas madres han visto extraviarse el alma de su hijo porque no han sabido vivificar, educar, nutrir su inteligencia como su cuerpo! ¡El deseo de ser madre, con toda la extension, con toda la grandeza del nombre, justifica los grandes esfuerzos de la mujer para hacerse superior en inteligencia!

Ahora bien: si admitimos que se debe favorecer el desarrollo intelectual de la mujer, bajo el punto de vista de la utilidad de la familia, se debe aceptar un desarrollo completo, sin que se le pongan límites arbitrarios. Hay entendimientos que no pueden engrandecerse, quedando inactivos ó coartados, y que necesitan expansion para ser fuertes, como dice San Agustin.

Una mujer que se eleva desde el sentimiento

de lo bello hasta el conocimiento de las artes y las ciencias, no pierde ninguna de las buenas cualidades de la mujer sencilla. Estemos seguros, por otra parte, de que estos dones armonizarán con los deberes que la imponga el destino providencial de la que los recibió.

No concedo á Mr. de Maistre que la ciencia con faldas, como él la llama, ó los conocimientos, cualesquiera que sean, empeoren la condicion de madre y esposa, sino todo lo contrario: aseguro y sostengo que la mejoran.

Respecto á su marido, el trabajo la hace digna de él, si éste es inteligente. No puede conservarse la armonía en la vida conyugal si las inteligencias no completan la union de los corazones. A medida que se pierden los encantos de la juventud, deben aumentar los de la imaginacion, para que la mujer sea apreciada por su valor moral, perpetuando el cariño. Cuando el marido vale y entra en la edad activa, se ocupa de varios y sérios asuntos, y la mujer, que frecuentemente ha recibido por toda educacion severos principios y costumbres frívolas, le aburre por su maquinaledad, su piano y su bordado de cañamazo. Hay una série de preocupaciones y de intereses dominantes en el marido en que la mujer sin inteligencia, es decir,



sin hábito de ocupaciones serias, no entra jamas, estableciéndose así lo que puede llamarse separacion de inteligencias. Por el contrario, la mujer acostumbrada al trabajo, comparte las preocupaciones del marido y le sostiene en sus desgracias y en sus luchas. Sigue á su marido y precede á sus hijos; toma en su ánimo tan alto puesto, que es el apoyo y el consejero de aquel hombre. Reconoce que éste se enorgullece con ella, que la necesita, descansa en su dicha, segura de que nada quebrantará la union de dos almas que piensan y sienten bajo un solo pensamiento, y su amor es eterno como sus almas.

Para la mujer ménos dichosa, que tiene un marido inferior á ella, el estudio es más necesario, porque su alma necesita un alimento sin el cual sufriria amargamente. Así, casi siempre, gracias á este recurso, puede haber paz y dicha en la familia. Cuando el marido es indigno de su esposa, la superioridad de ésta le obliga al respeto, imponiéndosele el que justamente logra en la sociedad por su virtud é inteligencia; y gracias á estas condiciones, podrá la mujer guardar el honor de la familia.

Debo reconocer, sin embargo—¡tales anomalías hay en la estravagancia humana!—que

muchos hombres no gustan de las mujeres distinguidas, discretas y de talento; y esto como principio, como teoría. Lo positivo es que las temen por secreto instinto de su inferioridad, y aún me han contado de uno que repetía sin cesar, en forma de axioma: «Las mujeres inútiles son las únicas que no molestan.» El mismo se extasiaba constantemente sobre el mérito y las excelencias de las mujeres nulas, y la suya, muy distinguida, á quien fastidiaba con sus expresiones, se contentó, durante mucho tiempo, respondiéndole que no todos los maridos de aquellas eran de su opinion, hasta que un día que volvía á su tema favorito diciendo que aconsejaria á sus hijos que se casaran con mujeres necias, porque ignoraba para qué sirve el talento á las mujeres, «para trasmitirlo con su sangre,» respondió aquella esposa noble y sensata. La respuesta debió convencerle, porque no se volvió á tratar del asunto. En efecto, cuando un niño logra la dicha de tener por madre á una mujer inteligente, y el padre se parece á ella, es muy difícil que no herede todo el mérito de los dos. El gérmen de la inteligencia, trasmitido con la vida, tiene la seguridad de desarrollarse bajo la influencia que presidiera á su educacion; sus padres sabrán, educándole,

formar su carácter y dirigir su talento. Así se tienen hijos que responden á los desvelos paternos y honran el nombre que llevan, siendo los primeros en los colegios y en las carreras, y un día el orgullo y la alegría de la familia y de la patria. Hé ahí para lo que sirve el talento en la mujer.

Entended bien que la mujer, al ser cristiana, es la compañera del hombre: *socia*; y aún más, su socorro, su apoyo, su consejo, *adjutorium*. La religión, que ha redimido su alma y su corazón, ha formado también su inteligencia, capaz de comprender, algunas veces de igualar, y sobre todo, de ayudar á la del hombre. Dejándola débil de cuerpo, Dios ha derramado en su alma el gérmen de toda grandeza, de toda fuerza moral. No hay obra noble en que la mujer no esté mezclada. Maestra en un principio del hombre, luego inspiradora, y más tarde, compañera de sus desgracias. Se han visto mujeres que sacrificaban su inteligencia y su vida al hombre de su amor, permanecer al nivel de los pensamientos de que son primeros confidentes, y que florecen mejor vivificados por una doble inteligencia. La mujer debe la comunidad de su vida intelectual con el hombre á la educación que recibe. Ella ha trabajado para él y con él por Dios; y

hombre se ha engrandecido con la débil criatura á quien debe proteccion.

No comprendo dicha mayor que la intimidad que no se limita á la union conyugal en la comunidad de interés y de afecciones, sino que, por el contrario, se estiende hasta el pensamiento; conozco algunos de esta suerte, y conozco tambien padres de familia, que á pesar de su gran talento, no hubieran podido acabar la mision de su vida sin el auxilio de una inteligencia puesta al servicio de sus años y de sus enfermedades por la abnegacion del amor filial.

Creo, pues, sin titubear que los conocimientos pueden frecuentemente ayudar á una mujer á cumplir grandes deberes para con su marido, y conozco á muchos hombres, si no lo lleva á mal Mr. de Maistre, que se avendriau mejor con una sábia que con una coqueta.

Esto, en cuanto toca á la familia. Examine-mos ahora la cuestion bajo el punto de vista social, planteando para ello la tésis que sigue:

Si hubiera mayor indulgencia, si no se atormentara con estúpidos anatemas á la mujer que estudia, las que tienen esta aficion se entregarian á ella sin reserva ni pensar que hacian una cosa extraordinaria, y entonces, áun cuando

fueran en pequeño número, comunicarían cierta vida á la sociedad; tal vez se elevaría el nivel de las conversaciones y las ideas, y no habría motivo para lamentarse del mayor interés de las mismas.

En vez de acabar su educación en día fijo y de entrar en sociedad irreflexivamente, las mujeres, acostumbradas á cierta cultura intelectual, continuarían, por decirlo así, perfeccionando su educación toda la vida en beneficio propio y de sus esposos é hijos; unas cultivando las artes, otras escribiendo ó estudiando, otras leyendo; ninguna sería extraña de esta manera á los intereses sociales y religiosos, á lo que se habla y se imprime, á las ideas en circulación; y tendrían en la familia y en la sociedad mejor y más saludable influencia.

En provincias, sobre todo, hay gran severidad acerca de esto; allí se permite aprender poco, y mucho ménos aprovechar lo que se ha aprendido. Los más tolerantes dicen: trabajad, pero ocultando lo que sepáis. Nada importa que vuestra vida íntima necesite un poco de expansión, el asentimiento de una persona querida.

Pues si priváis á la mujer de escribir y hablar de lo que la interesa, ¿cómo quereis condenarla á una vida de estudios y trabajos que han

de quedar en la oscuridad y ocultos, como si hubiese cometido un crimen al adquirirlos?

Pero, ¿qué inconveniente habria en elevar las conversaciones, apartándolas de la monotonía en que se mueven? En lugar de ir á buscar en sociedad distracciones estériles, y muchas veces largas horas de fastidio, si se pudiera establecer un cambio de discrecion, relaciones del alma y de sentimiento, reemplazando los cuentos de salon y disertaciones de modas con interesantes conversaciones, en las que siempre se aprendiese algo, y de las que por lo ménos se aprovecharan los esfuerzos del entendimiento para llegar al sentimiento de lo bello, á los pensamientos é intereses nobles; ¿no seria este un verdadero progreso?

En algunos salones se encuentra este modo de sér; se me han citado algunos, donde las jóvenes no están excluidas de las conversaciones graves, ni se las destierra á un extremo del salon; donde tienen el privilegio y la costumbre de hablar entre sí de las mayores ligerezas posibles; se las permite escuchar (1) lo interesante

---

(1) Escuchar es lo más difícil para la mujer y para las jóvenes, y sin embargo, se las juzga mejor por como escuchan que por como hablan.

La timidez, si otro cualquier obstáculo puede qui-

de la conversacion general, y hablan agradablemente sin que nadie lo encuente digno de censura. Asi sucedia en casa del Sr..., donde sus dos hijas ocupaban un lugar distinguido en las reuniones más serias, tomando parte en todas las conversaciones interesantes, ó por lo ménos, escuchándolas con la mayor naturalidad y sin ninguna pedantería. Aquellas jóvenes son hoy dia distinguidísimas damas. Y, por el contrario, ¡cuántas mujeres fastidiadas se han depravado por no encontrar alimento para su inteligencia, ocupacion que las halagara ó hiciera ménos árida la soledad del alma!

¿Será, pues, tan difícil comprender que el desarrollo intelectual de la mujer, mediante el estudio de las letras y de las artes, lejos de

---

tar á una mujer sus atractivos en la conversacion, para nada la impide escuchar sin molestar, sin incomodar, ni distraer la conversacion sobre otro tema, rebajando con una indiscrecion la elevacion de aquella.

¡Escuchar! arte rarísimo que yo quisiera enseñar antes que el dibujo y la música, por ser la primera de las artes liberales, dice un ingenioso escritor. Las leyes suntuarias no la prohíben á las mujeres, que pueden practicarla con gran provecho de los que estiman aquella rara virtud delicada y encantadora que se llama buena conversacion, y hasta sin correr el peligro del sarcasmo habitual.

perjudicarla apartándola de sus deberes y de ser un estorbo en su vida ordinaria, es de una utilidad de todos los días en la familia y en la sociedad?

En la familia crean ellas, en cierto modo, una atmósfera moral, que puede elevarlo ó rebajarlo todo por su gran influencia, sentimientos, ideas, ocupaciones; en sociedad, el lucimiento bien entendido de su instrucción y de su saber, sustituiría sólidamente á la frivolidad y á la mordaz conversacion de las reuniones de nuestro tiempo. «Conozco hace tres años la sociedad de provincia, escribia una señora—jóven todavía—y en nada difiere de la de todas partes; en resúmen, despues de pasado un dia, me suele suceder que resultan de mi cálculo seis ó siete horas pasadas, mal que me pese, en conversaciones acerca del prójimo, que sobre faltar á la caridad, enervan mi espíritu y limitan el horizonte de mis aspiraciones.»

¿No hay, pues, para la mujer un término medio entre la locura del placer frívolo de grandes bailes y espectáculos y el aburrimiento de esas interminables horas de reunion, en que se habla en el vacío? Algunos esfuerzos hechos en otro sentido podrian dar buenos resultados. Una mujer inteligente y cristiana, que gustaba del trato



y la sociedad y que no bailaba, se encontró de paso en una provincia. Tuvo el pensamiento de celebrar reuniones musicales, pero de música clásica. La admiración excitada por Mozart y Beethoven elevó naturalmente los pensamientos; la conversación sufrió aquella influencia, saliendo de las generalidades ordinarias, y todo el mundo quedó satisfecho guardando grato recuerdo de aquellas veladas, donde el gusto á lo bello despertó y fortaleció nobles sentimientos.

Estoy convencido de que si las mujeres tomaran la iniciativa para dirigir y elevar ese sentimiento, esa necesidad de distracción que hay que satisfacer en sociedad; si los hombres tuvieran otros medios de agradar que no fuesen la necia frivolidad, tal vez los jóvenes sin valer se creerían menos dueños de la sociedad, y los casinos dejarían de ser refugio de los que se aburren en los salones. Si se destruyera la injusta preocupación que condena á la mujer á no instruirse, á *no hablar de cosas graves ni parecer interesarse en ellas*, habría un considerable número de ellas que serían capaces de levantar el vuelo y ocuparse de algo más que de *trapos*. Por consecuencia, no siendo una excepción la mujer inteligente, como no lo es hoy día la pianista, estaría tanto menos expuesta al peligro

del orgullo, cuanto que dejaria de ser un fenómeno.

No se puede, ciertamente, destruir la sociedad, pero sí mejorarla, dándole otro móvil que no sea el placer embriagador ó frívolo.

El progreso intelectual, ¿no seria la preparacion del progreso moral? Conozco yo salones donde, gracias á la digna é inteligente señora de la casa, los grandes acontecimientos, las ideas nobles y las buenas obras encuentran siempre un eco; donde las conversaciones serias estimulan el entusiasmo por el estudio, abriendo nuevos horizontes al entendimiento, y donde las puras emociones del arte desarrollan el gusto á lo bello. Si se introdujera un poco de arte y de inteligencia en la sociedad cristiana, no se creeria obligada á buscarlo en los teatros (1), donde se encuentra algun reflejo del arte, segun generalmente se dice.

Sí: para destruir el anatema que pesa sobre las mujeres sábias, el verdadero medio es no combatir la instruccion de estas, sino generalizarla; y esto es lo que intento por mi parte. En efecto: el mal está en que la instruccion es

---

(1) Hay que recordar que el autor escribe para a sociedad francesa.—(N. del T.)

excepcional entre las mujeres, por lo cual la mujer instruida corre peligro de enorgullecerse de un mérito que debería ser natural y obligatorio.

En las aldeas, el niño que sabe leer y escribir entre sus ignorantes camaradas, se persuade de que es un ser superior, destinado á gran señor, y deja el arado para aspirar á un destino. En América todo el mundo sabe leer y escribir; los más adelantados en las escuelas primarias siguen labrando el campo y sólo olvidan su oficio por las noches para entregarse á los encantos de la lectura.

Pueden compararse aquellos habitantes de las aldeas con las mujeres que aspiran al título de *sábias*. Pero si estas considerasen el trabajo como un deber, como un auxilio, como una necesidad de su situación, la generalización del estudio sostendría sus esfuerzos sin exponerlas á la vanidad. Las mujeres superiores se elevarían hasta el génio; y todas encontrarían en el estudio un lenitivo contra el fastidio y contra las locuras de la imaginación.

Semejante cultura intelectual puede, indudablemente, tropezar con tres peligros; pero su remedio es fácil.

1.º *El descuido de los deberes materiales.* Se debe

prevenir este peligro por una sólida educacion práctica, imponiendo á las jóvenes el hábito del orden, de la exactitud, que duplica el tiempo, fijando en la vida ordinaria su lugar á cada deber; y sobre todo, dándoles sólidos principios y prácticas piadosas, que no son otra cosa que el móvil de todos los deberes.

2.º *Exaltacion de la imaginacion*, que produce necesidades de goces intelectuales, no siempre fáciles de satisfacer. Tambien hay un medio de equilibrarlo todo: el punto más importante es que la educacion responda á los dones de que ha dotado Dios á la criatura, sin sobreponerse á ellos ni oscurecerlos por el abandono: los dones divinos llevan consigo el contrapeso de estos peligros, y hay que procurar no cultivarlos con exceso ni abandonarlos. La verdadera piedad sabrá vencer estas dificultades.

3.º *El orgullo*. No se puede combatir más que con el buen sentido, cultivado cristianamente. Es preciso notar, sin embargo, que si la cultura del entendimiento, como las bellezas del cuerpo, produce el orgullo, el estudio ofrece, por lo ménos, un contrapeso; ilumina y fortalece el ánimo, en tanto que los triunfos de la belleza y del tocador son frívolos y perjudiciales.

El orgullo es una razon especiosa para sostener el sistema restrictivo de la inteligencia femenina. Se las quiere conservar una modestia que se califica de su más bello adorno, y efectivamente, la modestia es, no solamente una virtud, sino un gran encanto. *Pero no veo muy claro que la ignorancia sea la mejor salvaguardia de la modestia.* Diré más: diré que mirada por cierto prisma, es una virtud pagana; esto es, falsa ó muy imperfecta. Dad á una mujer toda la ciencia, todo el génio, todo el desarrollo intelectual de que es susceptible; dadle al mismo tiempo la humildad cristiana, y la vereis revestida de una sencillez y de una modestia bastante positiva y bastante más agradable que la de la pobre india, que se juzga un animal de especie algo superior á los monos del corral, pero muy inferior á su marido. La humildad ilustrada es una virtud madre de otras muchas, é inspiracion de más altos deseos de perfeccion; porque la humildad no impide conocer los progresos que se logran, como no ciega acerca del mérito ajeno; nos hace conocer lo que nos falta, y aún cuando llegáramos á la cumbre del saber, alentaria en nosotros mayores miras, sin llevar consigo el orgullo ni el abatimiento.

Hay que persuadirse de que la ilustracion es

el mejor medio de comprender el deber. La humildad inteligente, es decir, la verdadera modestia basta á preservar de la pedantería.

En las mujeres instruidas no fastidia su saber, sino sus pretensiones.

Insisto en esto, porque es á lo que se aferran mis adversarios; la vanidad, ¡hé ahí el gran peligro! repiten sin cesar. Insisto á mi vez en que el brillo que puede dar á una mujer el génio literario ó artístico no es el gran escollo: la belleza femenil triunfante, llena el corazon de vanidad mayor, y este peligro no tiene en sí su correctivo. El estudio y las artes elevan el alma, sirviendo de contrapeso á los sentimientos vanidosos que pudieran excitar, sin que se encuentren semejantes garantías en los triunfos obtenidos por cualidades de otro género.

Si los grandes dones llevan consigo un peligro, la educación puede evitarlo adaptándose á las diversas índoles, desarrollando los gérmenes que Dios ha depositado en el alma, dirigiendo con firmeza dicho desarrollo, y previniendo y evitando los escollos. También debe la educación suscitar un desarrollo moral en razón directa con el intelectual; equilibrar la vida ideal y la vida práctica que se excluyen ménos de lo

que se cree, y cuya armonía constituye la dignidad de la existencia.

El ejemplo que nos da Alemania, dice no sé dónde Alfredo Tonnelé, prueba que la vida de familia, la vida del hogar, el hábito de afecciones verdaderas y sencillas no excluyen la cultura y la elevación de la inteligencia femenina, antes bien la desenvuelven saneándola. Las más frívolas y las más vanas, ¿no son las que se han separado principalmente de los cuidados domésticos, sin que esta independencia haya resultado favorable á la parte grave de la vida, ó siquiera al desarrollo de la inteligencia?

Lo confieso: la educación es más difícil é importante cuando se trata de una mujer de talento; pero también es de mayor satisfacción para el que la lleva á cabo.





## VIII.

### El piso tercero.

Perdónenme las damas del *gran mundo* si les digo una verdad poco agradable; héla aquí:

En el gran mundo es donde se encuentran con mayor dificultad mujeres estudiosas; allí, más que en parte alguna, se creen obligadas á ocultar su valer. ¡Extraña tiranía de la fortuna, que da á las mujeres tiempo sobrado y les quita el derecho de usar de él en provecho de la inteligencia!

A las mismas debe aconsejarse preferentemente el trabajo, pues las ménos ricas no necesitan, por punto general, de este sermón. En las familias modestas en que el trabajo es la primera condicion de bienestar, se encuentran mujeres notables. En el hogar del artista, del sábio, del médico, del abogado, del juez, es donde

se ve con frecuencia á la mujer estudiosa é inteligente, que comprende las artes y que posee verdadero talento, sin que nadie piense en llamarlas *mujeres sábias*, porque su inteligencia es la honra de la casa y el tesoro de la familia, y á su amparo se conservan el bienestar, el desahogo y hasta el lujo delicado, que no consiste en la riqueza, sino en el buen gusto. La forma de los muebles; la disposición en que se colocan los grabados representando los mejores y más estimados cuadros, denotan el gusto y la pasión que domina en la casa.

Flores, cuadros, una biblioteca escogida, si no numerosa (1), música, labores elegantes,

---

(1) Algunas mujeres carecen de libros, porque sólo buscan ediciones lujosas y ricas encuadernaciones: no juzgan los libros como un elemento de estudio, sino como adornos que aumenten la elegancia de sus habitaciones. Triste es tener que manifestar que con lo que gastan en un solo vestido de baile podrían formar una buena biblioteca. A uno que me manifestaba haber renunciado á leer, porque sólo los ricos pueden tener libros, le contesté que, por punto general son, precisamente, los que carecen de ellos. Y, en efecto, pocas veces se encuentran afición y elementos de trabajo en ciertas familias opulentas, para las que la sociedad es el todo, y sus exigencias, costosísimas, una ineludible ley. Por el contrario, en muchas casas modestas y bien ordenadas, no se descuida la vida intelectual y los sacrificios que para

todo manifiesta el hogar que se abandona rara vez, porque allí anida la dicha. No es esta una de esas suntuosas moradas, solitarias siempre por la ausencia de sus dueños, que persiguen el placer, poseidos de una actividad febril que les hace huir de la casa, cuyo único atractivo consistió en la instalación; pero que aburre en cuanto los dorados muebles están colocados en su respectivo sitio.

En el cuarto tercero, la madre se ve rodeada de sus hijos, cuya educación forma ella misma, porque, gracias á Dios, no tiene otro remedio. ¡Y cuán recompensada queda! Reina sola en el corazón de sus hijos que, conociendo el valor de su sacrificio, comprenden pronto la dicha de haber nacido de madre que no tiene fortuna para pagar criados, institutrices ó preceptores que la reemplacen! ¡Qué diferencia entre las dos educaciones! Los hijos son los primeros en los colegios y en las escuelas; las hijas reciben esa edu-

---

cultivarla se impone la familia, son precisamente lo que la avalora. Así que no falta mujer que, gastándose 6.000 francos en un tocado, retrocede ante la adquisición de un volumen, al paso que otra que sólo dispone de la misma suma, como renta anual, adquiere y hace leer á sus hijos todas las buenas obras contemporáneas.

cacion superior que yo presento como modelo á las del gran mundo. Quieren igualar á su madre en el trabajo que divide con ellas, asociándolas, interesándolas en él; la ley del trabajo pesa sobre la madre más que sobre ninguna otra criatura; el alma del hijo es el campo que ha de cultivar con el sudor de su frente; nadie puede remplazarla en él, y para honra de las madres, la educacion más completa se da en el hogar á que me refiero.

¡Cuántos jóvenes deben sus vulgares aficiones á los caballos y á los perros, á las manos mercenarias que les han educado! La madre hace germinar otros gustos, otras ambiciones y más altas miras en el alma del hijo á quien educa. Abriga á veces honda inquietud por la duda de si podrá armar de bastante nobleza y fé la conciencia de sus hijos para inspirarles ánimos de aceptar á su vez la vida modesta y laboriosa que les espera, sin descender á bajeza alguna para *medrar*. Pero esta misma inquietud la anima á redoblar sus esfuerzos, á ser más precavida, á aumentar su valor y su virtud para transmitir á sus hijos, con la proteccion del cielo, la admirable firmeza de su alma.

Los hijos que admiran el penoso trabajo de su madre, sienten la necesidad de aliviarlo y

recompensarla. La firme voluntad de obrar bien es más vigorosa en estos asilos de modesta felicidad, donde el cumplimiento de un deber hace que todos se contenten con su suerte y bendigan por ella á Dios.

El día entero se pasa en el trabajo: el padre asiste á sus deberes, la madre gobierna la casa y cuida de dirigir á sus hijos en sus estudios. Por la noche todos están fatigados, nadie sale de la casa: la velada se destina al descanso, al juego de los niños; es la hora de las conversaciones íntimas, de las lecturas agradables, de la verdadera alegría. El día acaba tranquilamente, sin el bullicio del mundo, que hasta para la mujer más cristiana es un verdadero peligro.

Una madre habituada al trabajo, no puede dedicarse á nada que tenga para ella un interés personal, carece de tiempo. Ha trabajado de niña y de mujer, y ahora está al servicio de la familia; pero este trabajo desinteresado que es á la vez un sacrificio, eleva su alma mejor que cualquiera otra ocupacion. No hay que temer que la vanidad ni la pedantería tengan acceso en su alma, y sin embargo, ¡qué trabajo tan inmenso se toma para educar á sus hijos! Siendo tan admirables los milagros que realiza el amor materno para cumplir su mision, no hay que admi-

rarse de encontrar á la madre tan digna, tan activa y elevada, y tan indiferente á los halagos del mundo.

En ese mismo hogar se encuentra tambien el modelo del buen criado. Repetimos sin cesar que ya *no se encuentran aquellos servidores de otros tiempos*. Léase á Molière, léanse las Ordenanzas de la policia del tiempo de Luis XIV (1) y se verá que los lacayos de los grandes señores eran peores que los de hoy. Los servidores antiguos no han desaparecido, como no han desaparecido las antiguas virtudes: esas virtudes reinan en las casas de la gente sencilla y laboriosa, y allí se ha de buscar á los criados fieles. No les pidais que trabajen en la mansion de la ociosidad esplendorosa; los servidores de los desocupados acaban por serlo tambien instintivamente; siguen de lejos el ejemplo de su amo, se ponen al nivel de la casa y adquieren un aspecto irreprehensible con hábitos de holgazanería. El criado nota sin esfuerzo que sólo sirve de mueble de lujo, que es una manifestacion más de la vanidad, abusa de aquella flaqueza humana, y para vengarse de su inferior condicion y aún sin

---

(1) *La policia en tiempo de Luis XIV*, por Pedro Clement.

darse cuenta á sí mismo, imita á su señor.

La mujer, llena de abnegacion y esfuerzo, que da ejemplo del trabajo, trasforma el alma del criado y eleva sus servicios hasta la abnegacion. No se encuentra en su hogar etiqueta, ni esa apariencia de perfecta disciplina que se admira en las otras casas; pero los buenos criados, cuya condicion no está á una distancia inconmensurable de la de sus amos, visten otra librea, la de las virtudes de aquellos; respiran aires puros, que vivifican sus almas en aquella atmósfera de honradez, de trabajo y de confianza, y amos y criados son dichosos.

¡Cuántas citas podria hacer de espléndidos palacios habitados por el fastidio, cuando no por la discordia; y de la dicha y dignidad que he encontrado en el *cuarto tercero!*

Debo añadir, no obstante, para ser justo, que no siempre se encuentran esas virtudes en los pisos altos, ni el fastidio y la ociosidad en los palacios. En estos tambien, cuando reina el trabajo con la fé cristiana, pueden albergarse grandes virtudes.





## IX.

### La mala educacion y las preocupaciones.—El remedio.

Pero la educacion que se da hoy generalmente, ¿produce semejantes resultados? Con tristeza debo responder que no. La educacion del dia no sabe resistir, con raras excepciones, á las distracciones del mundo, ni á las burlas ridículas que la tontería y la ignorancia prodigan á la mujer estudiosa.

La perseverancia en el estudio y la atenta reflexion faltan generalmente en la educacion de las jóvenes y en la vida de la mujer; ahí está el mal grave é irremediable, y como dimana de la educacion de las jóvenes, diré en pocas palabras mi parecer sobre las omisiones que en dicha educacion se observan.

La verdad es, como decia Ozanam, que falta

un tratado sobre la educacion de la mujer: nada está realmente marcado acerca de sus deberes; sus resultados no pueden ser, por lo tanto, duraderos.

Añadid á esto las ocupaciones, los atractivos del primer año de matrimonio y vereis á la mujer olvidarlo todo, abandonar hasta los adornos de su primera educacion, que tan cara costó: he conocido jóvenes que abandonaron la música y el dibujo, aprendidos á razon de 20 y 30 francos la leccion.

La mayoría de las jóvenes pasan siete ú ocho años estudiando el piano durante dos, tres y hasta cuatro horas diarias; pero este estudio, al que se concede tanto tiempo y que podria presentar extensos horizontes al alma, no produce generalmente más que esos *talentos sin alma* de que habla Topffer, talentos que se alimentan solamente de la vanidad; sin utilidad en la práctica, sin raíces en la inteligencia, y que no sobreviven casi nunca al matrimonio.

El ingenioso autor que censura con tanta vivacidad el uso que se hace de las artes en la educacion de la mujer, y lo que se llama vulgarmente *conocimientos de adorno*, exclama: «¡Cuántos conocimientos de adorno he visto y cuán pocos que adornasen! Las jóvenes no toman inte-

rés por nada, comprenden ménos y no sienten.... Creo que podrian hallar en las artes, juntamente con la distraccion, alimento para el corazon, ejercicio para la inteligencia y oponer á tantas facultades que las ocupaciones ordinarias matan ó dejan inactivas, una perfeccion que fuera como el mejor adorno del alma.»

En vez de esto, la música es un estudio en cierto modo material, y que casi nunca se eleva á la inteligencia más vulgar del arte, y mucho ménos al alma.

La mayor parte de las jóvenes solo buscan en la música la perfeccion del mecanismo: no penetran en el santuario del arte ni encuentran en ella nada que eleve ó ejercite sus nobles facultades.

¡Cuántas pasan cuatro horas diarias en el piano y no tienen el menor conocimiento de los maestros, de las escuelas, de los estilos, ningun sentimiento estético, ni el sentido, ni la conciencia de lo que hacen!

Se ha hecho de la música, dice el P. Gratry. un brillante estruendo que altera los nervios. Los profesores sólo se ocupan de la agilidad de los dedos de la discípula, siendo muy contados los que se consagran á formar el estilo, á hacer que sean comprendidos y apreciados los maes-

tros, y á procurar que se observe el encadenamiento de las ideas musicales.

Así es que despues de años enteros de estudio, hay jóvenes que logran tener gran ejecucion, sin comprender la música, como si recitaran continuamente trozos escritos en un idioma desconocido para ellas.

Es preciso á la vez que los estudios mecánicos, verificar los de literatura y estética musical, si no se quiere llegar al absurdo.

En Alemania, donde la música constituye uno de los principales elementos en la educacion de las jóvenes, se estudia la armonía, elevándose el discípulo desde el mecanismo al arte.

El dibujo se suele estudiar entre nosotros como la música: he visto dibujar con exactitud y con facilidad á personas que no distinguian un cuadro bueno de otro malo, y que ignoraban si Rafael fué maestro ó discípulo del Perugino. El talento mismo no desarrollaba en ellos el sentimiento de lo bello.

Es que la sociedad abandona la música á las jóvenes, á condicion de que no elevarán en nada sus almas y se limitarán á perder el tiempo. En cuanto á las artes plásticas, la aficion á la pintura empieza ya á despertar algunas crí-

ticas, y Mr. de Maistre se asustaba al ver á su hija pintando al óleo. En una palabra, se quiere limitar las artes á *talentos de adorno* y las leyes suntuarias son aún más severas en lo que concierne á la literatura.

Excepcion hecha de la música y la pintura, á cierta edad debe terminar la educacion de una mujer.

«Desde los diez y ocho años—me escribía una jóven, á la que aconsejaba el estudio—cuando pretendo estudiar, me preguntan siempre si no he concluido mi educacion.» Concluir la educacion equivale, pues, á cerrar los libros, desterrar lápices y plumas, no escribir más que cartas, bordar, coser y cultivar algunos conocimientos de adorno, cuando se poseen.

Pero se dice: durante la educacion se enseña multitud de cosas á las jóvenes. No lo dudo, y de esto me lamento: las jóvenes no deben pasar del exámen de bachiller, y toda su educacion tiende á darles nociones generales y muy superficiales. Nada sério, nada grave ni profundo; de todo un poco, pero sin saber que se pierde de fondo lo que se gana en superficie, como decia un ilustrado ministro.

El cuadro indudablemente es inmenso: he conocido varias jóvenes, que á más de los cono-

cimientos ordinarios de geografía, historia y retórica, empezaban el estudio de varios idiomas, aprendían á tocar el piano y cantar; dibujaban, pintaban y ejecutaban todas las labores de capricho que varían según la moda, como la policromanía, flores de cuero, etcétera, etcétera.

Es evidente que tantos esfuerzos diseminados no pueden conducir á un buen resultado, y las más prudentes institutrices se lamentan de la obligación que se les impone de llenar tales programas.

De suerte que se aprende un poco de todo y no se sabe nada como se debe; no se adquiere el desarrollo de un talento ó una facultad especial, ni siquiera gusto verdadero por nada.

Estos conocimientos, limitados y superficiales, no conducen á nada, porque si hay algún peligro en la afición de las ciencias y de las artes, es precisamente deteniéndola en el punto que marca Mr. de Maistre.

Algunas nociones generales, sin ningún conocimiento sólido; artes de adorno sin talento positivo; nada que eleve el alma y alimente el espíritu; lo estrictamente necesario para lucir un momento y no para ser algo; lo preciso para

no volver á hacer nada desde el momento que salen del convento ó del colegio. En una palabra, lo contrario de cuanto deberia ser, si se quisiera mujeres formales, juiciosas y honradas, que pudieran labrar la dicha de sus maridos é hijos.

La sociedad tiene, por otra parte, indulgencias y exclusiones que apenas pueden explicarse; se aprueba y elogia justamente á una jóven que habla dos ó tres lenguas vivas; pero si siguiendo el consejo de Fenelon, aprende un poco de latin, tiene que ocultar dicho estudio como un pecado, sopena de merecer el dictado de pedante. Difícilmente se le tolerará tambien la aficion hácia las lecturas sérias y los estudios históricos. Me han hablado de una dama que, por haber dicho que leía *El Corresponsal*, se atrajo por parte de sus amigos una de esas admiraciones que encierran amarga censura.

Las mismas personas mostraron gran admiracion al saber su costumbre de ocupar ciertas horas de la mañana en el estudio, y le aplicaron por esta sencilla y laudable práctica el dictado de *sábía*.

El verdadero estudio, leer tomando notas, resumir, etc., etc., no es permitido á las mujeres, sobre todo en provincias. Solo se admi-

te la lectura, y siempre hasta cierto límite.

He oído criticar á una jóven casada porque no hacia ni recibia visitas hasta despues de las cuatro, para dedicarse al estudio y, sea dicho de paso, con verdadera complacencia por parte de su marido.

Las jóvenes debian considerar el fin de sus estudios como el principio de las ocupaciones que han de llenar su vida, y las recién casadas debian contar, entre sus obligaciones, la del estudio. Más tarde la educacion de sus hijos ocupará gran parte de su vida, privándolas de trabajar en libertad; pero si han adquirido la costumbre del trabajo, les quedará siempre como un consuelo, como un placer que se busca en cuanto se tiene una hora de descanso; quedan sobre todo, para cuando los hijos se alejan, dejando en la madre un vacío que nada puede llenar, cuando ya se han perdido tambien la juventud, la belleza, la fuerza y la alegría.

El trabajo es amigo fiel en todas las edades y circunstancias para el alma que lo ha tomado como compañero de su vida.

El trabajo da alegría exterior y paz interior.

Para habituar á la mujer al trabajo, se necesitaria persuadirla de que su educacion no acaba á los 18 años, y que su primer vestido de bai-



le, como el diploma de bachiller en los jóvenes, no tiene la virtud de dar conocimiento perfecto de las ciencias.

Poseen únicamente las primeras nociones que les permiten trabajar solas, sin pasantes que dirijan su educacion: hé ahí todo; la facultad de gozar por sí mismas del placer de trabajar. Si las jóvenes se persuadieran de la verdad de mis asertos, su porvenir, como mujeres juiciosas, estaria asegurado; pero, por el contrario, se acostumbra á hacer que estudien gramática é historia, y despues piano y dibujo. Inmediatamente viene el vestido color de rosa, complemento de la educacion; llega el suspirado dia, entra en sociedad, se casa, decidida á no volver á hacer nada, y todos la animan en sus planes, porque una de las dichas del casamiento es esa; y así pierde sus primeros años, los más preciosos de la vida, esos años desocupados en que la juventud y la dicha enardecen el entendimiento y encienden la antorcha de la inspiracion.

Edad en que el alma se enaltece, en que los ojos se iluminan por lo que siente el corazon: *illuminatos oculos cordis*, como dice San Pablo, edad que presta al trabajo facilidad, inspiracion, horizonte y vigor. ¡Ay! es preciso que todo se pierda, que todo se disipe, hasta la dicha tal

vez! Y, sin embargo, el estudio tiene secreta influencia para precaverse del torbellino del mundo y dar á la mujer la calma y el recogimiento que necesita aún cuando no sea más que para gozar de su felicidad; pero no, todo se destroza y malgasta.

Llegan despues los años en que el ardor de la juventud se apaga; la vida se regulariza, la belleza pasa, el fastidio llega y no hay con qué combatirlo. Los hijos que están siguiendo sus carreras no pueden estar cerca de la madre, y ésta, que no conoce el valor del trabajo, está pronta á excusar la pereza de los niños, y á pesar de su debilidad maternal, cuando aquellos son mayores, reconocen la superioridad intelectual que su educacion les da, y, con dolor lo digo, llegan á menospreciar á su madre.

No puedo ni debo convertir estos ligeros apuntes en un tratado de educacion; pero sí diré, de una manera breve y en resúmen, que la educacion de la mujer debe ser *muy completa*.

¿Cómo se logrará esto? Desarrollando su inteligencia, su corazon, su conciencia y su carácter, á la vez que sus facultades prácticas, sin descuidar su salud, sus fuerzas físicas, ni en cierto modo su misma belleza; en una palabra,

hacerla capaz de asociarse, no solo á la vida, sino al pensamiento del hombre, y realizar en el matrimonio la union intelectual, que es el complemento de la union moral y de la comunidad de intereses.

Se distingue á veces, entre las mujeres, á *la mujer esencial, la mujer ogradable y la mujer de talento*. La primera es la mujer casera y hacendosa; la mujer agradable es la que luce en sociedad, y la mujer de talento la que sabe leer y conversar. Pues bien, para que la mujer sea como debe, ha de reunir en sí los tres tipos, con lo cual, la denominaria yo *la mujer distinguida*; es decir, la mujer capaz de animarlo y de comprenderlo todo en la familia; la mujer que sabe ser amable, sin ligereza; la que es cuidadosa y elegante, sin ser frívola; la que pasa la vida pléjándose á sus exigencias, que acepta la parte material sin descuidarla, pero sin dejarse absorber por ella; que hace de ella, si se me permite decirlo así, el pedestal de una vida más elevada; siente elevarse á la vez su alma y adquiere nobles sentimientos y principios sólidos que la fortalecen y preparan á todo sacrificio y abnegacion; su inteligencia encuentra en el culto de lo bello, en el trato con los grandes entendimientos y la costumbre de los pensamientos só-

lidos, ese sentido elevado que Joubert llamaba sentido esquisito y que queria hacer penetrar en el sentido comun, para que éste conserve el dominio de la vida humana; su inteligencia—repito—dominando los intereses materiales, como todos los demás, poseerá esa ciencia superior que se llama ciencia de la vida, que sabe coordinar todos los elementos, atender á cada deseo del alma y del cuerpo, á las aspiraciones del espíritu y á las conveniencias sociales, conforme siempre al orden, á los deberes y á la dignidad humana.

Pero como todo esto es difícil y escasas las fuerzas humanas, y como la gracia divina es el auxiliar necesario á nuestra flaqueza, añadiré que la mujer cristiana es el elemento, el fondo esencial de lo que yo llamo una mujer completa: por eso la exijo la piedad, la verdadera piedad, es decir, la comprension intelectual y la práctica valerosa de todos los deberes buscados con el auxilio y la luz divina que se obtiene por la oracion y las relaciones íntimas del alma con Dios.

Educad á la mujer para el hombre, cuya compañera ha de ser; pero educadla tambien para sí misma y para Dios: para sí misma, porque tiene grandes y penosos deberes que cum-

plir y ha de hacerlo en toda su extension, sin lo cual pierde su dignidad, y por esto necesita en su ayuda todas sus facultades y especialmente la gracia divina: para Dios, porque al crear un sér capaz de toda perfeccion le pedirá cuenta del empleo de sus facultades y le exigirá el cumplimiento de la mision á que fué destinado.

Debemos reconocer que la parte de cultura intelectual necesaria á la mujer no está definida perfectamente como la del hombre, y esto es lo que dificulta más la educacion de la mujer: es preciso que en caso necesario su entendimiento pueda asociarse á todo, que no sea extraño á nada, pero sin tener un empleo directo é inmediato como la instruccion del hombre. El mejor estímulo para la mujer es la aficion á todo lo bello, que tiene su recompensa en los nobles goces que proporciona, en la dignidad que comunica á su ser y el auxilio que le presta.

Como quiera que sea, el principio que en mi opinion debe dominar en la educacion de la mujer es incontestable. Si se separa en ellas lo que debe estar unido, ¿á qué se llegaría? A la mujer necesaria, es decir, la pedante, enfadosa, sin gracia, incapaz de gobernar más que la vida

material; la mujer de adorno, es decir, la frívola, reina de la moda ó más bien su esclava, y, finalmente, una variedad de la mujer de talento y la erudita, que por remedar al hombre olvida el encanto, la gracia y hasta los deberes de su sexo (1).

---

(1) «No sé por qué, me escriben, el exterior de las mujeres dadas á la cultura intelectual es casi siempre de mal gusto, ridículo, sin el encanto femenino y, sobre todo, sin gracia exterior en la persona y en los vestidos. *¿De qué proviene esto?*»

## X.

### La práctica.

Penetrando más en el terreno práctico, ¿cuáles son las facultades que las mujeres deben cultivar? ¿Acaso las mismas que los hombres? ¿Deben estudiar las ciencias exactas, la política, el secreto de gobernar y el arte militar? ¿Se trata de que sean émulas de Judit, Juana de Arco, Juana de Hachette, de Hermengarda, la fundadora y regente del segundo reino de Borgoña, Margarita de Albon, Isabel la Católica y María Teresa?

Ciertamente que nó; mujeres han existido que pudieron serlo y lo fueron; pero como excepciones creadas por la Providencia: ridículo sería pedir á la educacion de la mujer este milagro, aunque tampoco les negaremos el génio, el valor y la virtud.

Las mujeres son débiles de cuerpo, pero no se debe calumniar á su inteligencia; con frecuencia tienen mucha, y casi siempre un gran fondo de buen sentido que está pidiendo ser utilizado. ¿Quién no reconoce la sutileza y el sentimiento delicado que preside en todos sus actos? ¡Cuán naturalmente exponen su alma á los vivificantes rayos de lo bello y de lo verdadero!

No acepto en absoluto lo que escribió una mujer: «Nosotras hojeamos un libro y parecemos saberlo; nos consideramos en estado de hablar de él, de alabarlo, de despreciarlo, de aconsejarlo ó de prohibirlo.» Repito que no lo acepto; pero, ¡cuánta es, hablando con ingenuidad, su facilidad para todo! ¡A qué poca costa se asimilan lo que les conviene y de nada saben hacer algo y de algo mucho! Dios, que no las destinaba á trabajos duros y abstractos, las ha dotado de una perspicacia y de una intuición maravillosas.

Hablan rara vez de negocios, porque les cansan y aburren; y, sin embargo, si las circunstancias lo exigen, se encuentra en ellas poderoso auxilio por la sensatez de sus cálculos: es digno de consignarse que se las debe la rehabilitación de muchas fortunas. Las viudas rehacen y aumentan casi siempre el patrimonio de sus hijos.



Entiéndase bien que en esta especie de reivindicación de los derechos de la mujer al estudio, no doy á este más que su parte en las ocupaciones de la vida: claro es que deben figurar en primer término los cuidados de la casa y de la familia y que su marido, sus hijos y sus sirvientes son los primeros cuidados de una mujer que comprende los grados de sus deberes. Mi opinión, si se quiere que la precise, sería sencillamente que, por regla general, la mujer reservase en su vida ordinaria dos horas ó tres, á ser posible, para el estudio y la cultura intelectual.

Mientras la mujer se contenta con leer, mirar y oír, no se la censura, y los hombres soporitan con gusto que aumente el número de su auditorio; pero si se efectúa en ella una revolución interior, si sus aspiraciones se elevan sobre la vida ordinaria y busca nuevos horizontes en el estudio y el trabajo, si busca espacio en que su alma pueda dilatarse, *entonces se hace insufrible para ellos.*

Las hay que han nacido artistas; es decir, poseídas de la necesidad de dar forma al pensamiento, al sentimiento de la belleza que conciben, y esto en circunstancias propias para favorecer en este sentido el desenvolvimiento de su naturaleza; y precisamente se les niega el ejer-

cicio de esta facultad creadora concedida por Dios.

En vano dice Mr. de Maistre «que las mujeres no han producido ninguna *obra maestra*, y que cuando intentan imitar al hombre le remedian como los monos.»

En vano añade con mayor impertinencia:

«Siempre me han parecido incomparablemente más bellas, más amables, más útiles que los *monos*. He dicho solamente, y no me desdigo, que la mujer que pretende imitar al hombre no es más que un mono.

»El gran problema que han de resolver en las ciencias, es comprender lo que hacen los hombres.»

Mr de Maistre no tarda en contradecirse y refutarse á sí propio: «No hay que exagerar, dice: *la literatura, los moralistas, los grandes oradores, etc.*, bastan para dar á las mujeres toda la cultura que necesitan.

Despues se felicita de tener una hija que lee y gusta de las obras de San Agustin, «que ama con pasion la belleza en todos los géneros, que recita á la perfeccion al Tasso y á Racine; dibuja, toca el piano, canta muy bien, y así como tiene puntos bajos en la voz, que se salen del diapason femenino, tambien ofrece en su carác-

ter cualidades serias y fundamentales que pertenecen al otro sexo y que armonizan y perfeccionan el conjunto (1).»

Esto me basta, y no discutiré más con monsieur de Maistre; en el fondo profesamos las mismas ideas, y ya sólo debo dirigirme á la opinion pública.

---

(1) Es de notar que Mr. de Maistre no logró, afortunadamente, el objeto que se proponia con sus hijas, á propósito de sus restrictivas teorías sobre la educacion, y debió felicitarle por ello, porque se dirigia á dos personas perfectamente dotadas para los estudios literarios y lingüísticos, y que al propio tiempo de practicar, durante la emigracion, el paseo, tan recomendado por su padre, aprendieron el latin como el más excelente humanista, leian y traducian á su padre las obras de los filósofos ingleses y alemanes, y sabian del griego lo bastante para copiar los manuscritos paternos y corregir sus pruebas. Tambien debe decirse, para ser justos, que al escribir Mr. de Maistre para sus hijas, educadas en las aficiones literarias y en los goces de la inteligencia, no pretendia hacerlas desistir tanto como advertirles los escollos en que podian tropezar. Para no mostrar tampoco severidad excesiva con ciertas expresiones, hay que recordar que Mr. de Maistre escribia cartas íntimas á sus hijas, con todo el descuido y toda la originalidad de su viva y brusca naturaleza. En realidad no es tan restrictivo, acerca de la educacion de la mujer, como parecen indicar los que le utilizan como un arma al combatir la cultura intelectual de las mujeres.

Tenemos, pues, según opinión de Mr. de Maestre, como estudios posibles en la mujer:

1.º *La literatura*, las letras amenas y serias que ofrecen un campo vastísimo y tan sólido como extenso, aunque sólo se incluyera la *historia*. Hay también una filosofía muy á su alcance, y cuyas nociones le son precisas para dar fijeza á la natural movilidad de su imaginación. Enseñar á una mujer á *discurrir con precisión*, es decir, á poner el *deber ante todo*, es cumplir su educación esencial tal como conviene á todas las clases y á todas las condiciones.

2.º *Las artes*, que tan bien se adaptan á su imaginación, á su gracia y á su delicadeza natural.

Y aquí no puedo ménos de hacer notar, antes de proseguir, que se abandona con gran facilidad á la mujer al arte más peligroso y que realmente es incompatible con sus deberes y su inclinación, y se les cierran enseguida las puras regiones de la inteligencia. Muchos detractores de las escritoras y de las artistas no quisieran por nada del mundo suprimir las actrices y cantantes.

Diránme que precisamente porque se degrada más ó ménos la mujer artista, es por lo que las mujeres virtuosas no deben serlo.

Pienso como vosotros, ó tal vez voy más lejos; pero no puedo ménos de preguntaros: ¿Reconoceis que la mujer se eleva por el arte, que algunas han recibido inspiracion? Pues si la han recibido, es para ejercerla con decoro, con nobleza; pero para ejercerla.

El mismo hecho que haceis constar refuta vuestras restricciones.

3.º Si la mujer puede expresar la belleza, deben permitírsele todas sus manifestaciones. El arte es igual en principio, cualquiera que sea la forma que se adopte. Pintura, música, poesía, elocuencia, la belleza expresada por la palabra, la belleza expresada por el estilo ó por el acento de una voz inspirada, siempre es la expresion de la belleza, que ha tomado forma sensible para hacerse perceptible á nuestra alma por medio de los sentidos. Si cada uno puede revestirla de diversa forma, ¿por qué permitir á la mujer la más frívola y peligrosa de todas y prohibirle las demás? No porque se rebajen hasta el arte, que sólo sirve para vuestros placeres, no han de poder rehabilitarse por el arte noble, honrado y sério. Sí, la mujer puede ser cantante, puede ser músico en la acepcion más elevada de la palabra, puede escribir y pintar.

Sin embargo, hay hombres que afirman que

la mujer no puede ni debe escribir. Me sorprende que una cuestion tan clara para ciertos ingenios haya sido tan discutida. No se ha tomado tanto trabajo para demostrar que las mujeres no pueden ser generales, ni ministros, y el ejemplo de las mujeres guerreras, no sé yo que haya sido reivindicado por su sexo.

Paréceme, por otra parte, que seria inoportuno declamar hoy contra las escritoras, cuando tenemos tres obras, *Las Narraciones de una hermana*, *Las Memorias de Eugenia de Guérin* y *Las Cartas de la señora de Swetchine*, que son tal vez las más leídas en esta época.

Y añado que al escribir, la mujer no usurpa los derechos del hombre, ni le parodia «exponiéndose por ello á parecerse al mono.»

Y despues de todo, ¿á qué llama Mr. de Maistre imitar al hombre? ¿Es querer hacer todo lo que él hace? ¿Quién pretende tal?

Hay cosas que le están exclusivamente reservadas, y haria muy mal la mujer en pretenderlas. Pero si existen puntos de separacion, tambien existen dominios comunes en que todas las almas se confunden. Tales son las artes y la literatura. Que aún dentro de ese campo haya límite para la mujer, estoy de acuerdo; pero ella encontrará un lugar que el hombre mismo no alcanza.

La diferencia que existe entre la inteligencia del hombre y la de la mujer, es el argumento en que se fundan muchos al manifestar que siendo el uno capaz de escribir, no debe serlo el otro. Podría sacarse de este hecho una conclusión muy natural, y es que, teniendo la mujer un ingenio especial, podría en las regiones intelectuales adaptar su talento á ciertos y determinados asuntos en que corrieran puras y tranquilas las inagotables fuentes de su delicada fantasía.

Así como en un concierto se necesita que las más distintas voces tengan union, así también es preciso armonizar el pensamiento humano, expresado por el arte, en la acepción más lata de la palabra, teniendo las mujeres gran parte en ello. Hay notas que ellas sólo saben hacer sonar. Silvio Pellico lo ha dicho después de haber intentado vanamente darles un libro en parangón con el *Tratado sobre los deberes de los hombres*. «Tan sólo una mujer puede escribir semejante libro.» Lo cierto es, que cuando escribe la mujer, se hace reconocer por su delicadeza extrema. La escritora debe ser siempre mujer, único medio de tranquilizar las susceptibilidades de Mr. de Maistre y de tranquilizarse la escritora á sí propia, sin correr peligro

de convertirse en *mono* imitando al hombre.

«La mujer es un sér débil, ignorante, temeroso, lleno de pereza, ha dicho la Sra. de \*\*\*; tiene pasiones violentas é ideas mezquinas; es un compuesto de capricho é inconsecuencia... y sabe mostrar diariamente amables defectos, tesoros de crueldad y de esperanzas »

Despues, deplorando que ese tipo haya desaparecido, la escritora busca la razon y dice: «Las mujeres han perdido en atractivos lo que han ganado en buenas cualidades.

»La mujer no ha nacido para participar de los trabajos del hombre, sino para aliviarlos,» y resumiendo en una palabra el error que ha perdido á la mujer, la Sra. de \*\*\* exclama indignada: «La mujer ha querido ser compañera del hombre.» Culpable *extravio*, ciertamente, el de ser la compañera del hombre en vez de su juguete; ser la mujer cristiana en vez de la mujer pagana; la mujer respetada sobre la que se apoya la familia, en la que se deposita toda confianza, en vez de ser la que sirve para el placer; la que sólo atrae por un pasajero agrado, y cuya frivolidad distrae de los asuntos sérios.

¡Y es una mujer la que proclama tal doctrina!

4.º He dicho en primera carta hasta qué punto puede, en mi opinion, ocuparse la mujer



de las ciencias y hasta de la agricultura. Como este último aserto ha provocado cierta extrañeza, contestaré con algunos trozos de la carta que me escribió, acerca del particular, una dama muy sensata y distinguida:

«Cuánta razon teneis, monseñor, al aconsejar á la mujer que se ocupe en sus negocios y en asuntos formales, inclusa la agricultura. Continuamente lo veo por mí misma; ahora que mis hijos están en el servicio, que me encuentre separada de toda la familia, siempre en el campo y casi constantemente sola, ¿qué seria de mí si mi madre no me hubiese acostumbrado desde la infancia á interesarme en comprenderlo y saberlo todo? La agricultura, sus sufrimientos, sus progresos; hé ahí la inagotable fuente de las conversaciones que sostengo con mi marido, con el cura, con el médico, con el notario y los arrendadores del pueblo; asunto ménos peligroso que la política, sin duda, y que se puede sostener con todos, segun su respectiva capacidad. Mi esposo no se desdeña de hablar conmigo de abonos y sembrados; sostengo tambien mis teorías en estas materias, hasta el punto de que me califique de muy radical en mis ideas. Sin embargo, no edifica un solo establo sin contar conmigo, ni se firma ningun arriendo sin que

oiga yo su lectura dos ó tres veces. Creo muy importante para las mujeres que entiendan en los negocios de la casa, en el empleo de los fondos, en la direccion, en fin, y en la fortuna de sus hijos. No deben *decidir*, pero si *escuchar* y *aconsejar*. Generalmente los maridos desean hablar con entera libertad de sus asuntos, y les complace que manifieste interés la mujer y hasta le piden consejo en ocasiones; pero su buena fé suele estrellarse con la indiferencia ó con el hastío con que se les escucha: ante esta frialdad, enmudece y se habitúa á administrar sólo, obrando segun su único parecer. En los primeros años de matrimonio, el marido es más expansivo, oye de buena fé los consejos de la mujer; más tarde creeria que ésta queria imponerse á su voluntad, y cuanto más precisara dirigirle, más heriria su amor propio.

La mujer ha de ser inteligente y seria.»

5.º En una palabra, cultivar las artes y las ciencias que le plazcan; esforzarse para alcanzar un grado más eminente; esto pido que sea lícito á la mujer sin que se amargue tan honrado placer con el terrible dictado de *marisabidilla* (1).

---

(1) Es preciso una vez más examinar la preocupacion á fondo, así como el sentido de la palabra.

Es una indignidad formular un cargo contra las mujeres que, ocupándose sériamente del hogar y de la familia, se elevan sobre la vida ordinaria y puramente material, por el gusto de lo bello, buscando un delicado placer en cultivar su alma, y á quien el bien y la verdad encuentran siempre atentas.

6.º Tambien he hablado de la gran utilidad

---

dispensando á los que la repiten de que averigüen lo que piensan y quieren expresar con ella. ¿Qué quiere decir *marisabidilla*, y cuál es el verdadero alcance de la injuria? En boca de muchas personas irreflexivas y que atacan por instinto todo cuanto se eleva, para ponerlo á su nivel, la palabra *marisabidilla* designa á la mujer que *lee* y *habla*. ¡Culpa terrible! Porque suele permitirse á la mujer que lea, siempre que sea para ocultarlo, sin que parezca interesarse más que en los eternos tocador y cocina, y que parezca interesarse tanto más cuanto que en realidad le importan ménos. En una palabra, se permite leer á escondidas y se prohíbe que tome parte en una conversacion formal, *con lo cual se les perdonará que sepan*. En otras palabras, negar á la mujer toda expansion, comunicacion y comercio intelectual y no tolerar que escriba, equivale á suponerle una aficion frenética por los libros, para que los estudie de una manera oculta y subterránea, sin proporcionar á la instruccion salida ni empleo y abra en su inteligencia una insondable mina... sin considerar que entónces, más que nunca, son de temer las explosiones. No es fácil presumir el ridículo de que son objeto las mujeres estudiosas y las crueles burlas que en algu-

que tiene para la mujer resumir de vez en cuando, con método, en una especie de diario íntimo, sus impresiones de los sucesos mas notables de su vida por lo ménos. Pues bien: además de dicho diario de la vida íntima del alma y de los acontecimientos de la vida ordinaria de familia, la mujer podría llevar otro cuaderno donde consignase, si no todos los días, porque sería un

---

nos pueblos se les dirigen; verdadera persecucion que acaba por perjudicarlas notablemente.

Conozco á una jóven que necesitaba recurrir á mil precauciones y subterfugios para verificar los estudios que aconsejaban y protegían sus padres, lo cual hubiera desanimado á otro carácter cualquiera. Se encerraba en su cuarto y al menor ruido cerraba y ocultaba el libro para que no se conociera la índole de sus estudios. A pesar de estas precauciones, irritaba de tal modo á la sociedad su clausura durante ciertas horas, que se la había acusado de ser poco sociable, de carácter agreste y estar dispuesta á profesar en un convento. Necesaria es gran energía para sostener esta queja general y esta acusacion de rareza.

Para las personas sensatas, la palabra *marisabidilla* designa: 1.º A la mujer que pretende de científica, sin tener más que sus pretensiones y corta por lo sano siempre. 2.º A la mujer que se juzga discreta, y que carece de discrecion ó no la utiliza bien, cuyos conocimientos son indigestos y aplastan su inteligencia en vez de enriquecerla: en una palabra, *marisabidilla* equivale á *pedante*, adjetivo que no es de la exclusiva propiedad del bello sexo.

abuso, de vez en cuando, ya un análisis, ya una frase de un discurso ó de un diálogo que hubiese llamado su atención; las impresiones, los pensamientos brotados de un viaje, en una visita á los museos ó á los monumentos. Recuerdos preciosos que se deben guardar como conquistas del entendimiento, y que pasan, si no se fijan, porque son de una impresión fugitiva.

Así se adquiere la costumbre de ver y de oír con inteligencia, asimilándose lo que se ha visto y oído.

En cuanto al diario, propiamente dicho, que no se escribiese con un fin formal y cristiano, confieso que me daría miedo.

7.º Sobre todos los estudios está el de la religión. Acerca de esto me he detenido mucho en mis precedentes escritos, y singularmente en mis *Cartas á los hombres y las mujeres de mundo*. Sólo añadiré aquí una cosa:

En las clases altas, sobre todo, en las que la fortuna autoriza lo que podemos llamar el lujo de la educación, es en las que la instrucción religiosa debe ser llevada tan lejos como lo permitan las facultades del hombre y de la mujer. Dogmas, moral, pruebas de la religión, explicación de las ceremonias, historia eclesiástica, obras escogidas de los doctores, grandes orado-

res sagrados, vidas de santos, etc., etc. He dicho y explicado todo esto muy detalladamente. Quisiera, sobre todo, que en el curso de la educación hubiera un estudio histórico progresivo de cuanto concierne á la religion. Los sucesos religiosos están, por otra parte, íntimamente relacionados con los de la historia moderna, no pudiéndose tener una idea verdadera de ésta sin conocer aquellos.

Resta examinar la objecion más importante que se me ha hecho: la del tiempo. ¿Tiene la mujer tiempo para entregarse á un trabajo intelectual?

Tengamos buena fé y convengamos desde luego en que hay tres obstáculos que vencer en el terreno de que hablamos; la conversacion, las modas y la vida de sociedad. El gran escollo de la vida intelectual de la mujer es el de que tienen entre sí largas conversaciones. sin objeto ni motivo, sino es el de las modas ó la maledicencia.

Nada rebaja el espíritu y abate el alma como la conversacion frívola y vacia, y para evitarlo no hay más que un remedio.

Aumentad las horas de estudio disminuyendo, en consecuencia, las de conversacion, y dadeis á esta alimento más nutritivo que los temas

vulgares en que tantas inteligencias se malgastan.

En cuanto á la *toilette*, seguramente que nunca será bastante criticada, no tan solo como ruina de las familias, sino como disolvente de todo juicio hasta en la mujer más virtuosa y cristiana.

¡La *toilette*, he ahí lo que gasta el entendimiento de la mujer, lo que ocupa su tiempo y lo que las arranca de sus quehaceres domésticos, y no esos pobres libros que le disputais!

Toda persona observadora convendrá conmigo en que el gusto por las modas, y no el de los estudios, es lo que aparta á las mujeres de sus obligaciones domésticas.

En cuanto á mí, puedo decir que las mujeres realmente superiores que he conocido, las que poseían una distincion verdadera y sin pretensiones, eran mujeres modelo en la práctica de la vida de familia. Hay, por el contrario, otros hogares, bajo muchos conceptos dignos de elogiarse, donde se pierde el tiempo en largas conversaciones sobre la *toilette*. No hay preocupacion, por seria que sea, que no se borre momentáneamente para encargar un vestido ó un sombrero. Estos *gravisimos* asuntos ocupan la vida y gastan el entendimiento de la mujer.

Madres hay que enseñan á sus hijas á considerar como uno de sus primeros deberes é intereses el tocado, y bajo este punto de vista consideran á la sociedad. La modista, las tiendas, los géneros, la conversacion con tenderos y costureras, amen del tiempo perdido con la doncella, que llega á tener más confianza de la conveniente, con las jóvenes solteras y áun con las casadas: he ahí los verdaderos enemigos del trabajo.

Digamos tambien, en honor á la verdad, que seria injusto acusar tan sólo á la mujer, pues hay hombres frívolos y apasionados por la *toilette* y el lujo, que las animan en su extravío. Cuando en unos y en otras haya buen sentido respecto á este particular, será ocasion de emprender tan importante reforma.

Estos son dos de los grandes obstáculos que se oponen á la vida de la inteligencia. Ciertamente que no condeno la elegancia conveniente, y mucho ménos la expansion entre la familia. Son una necesidad. Pero no quisiera que las impresiones producidas por objetos materiales y los incidentes del dia, se expresasen tan de corrido, exigiendo contestacion inmediatamente: de esta manera la inteligencia no se recoge ni permite recojerse. Se piensa en voz alta, porque se piensa poco.



Pero dejemos, me direis, á los frívolos y desocupados, y fijemos de otro modo la cuestion: ¿cómo la madre, que debe su tiempo á la familia, puede tenerlo para estudiar?

En estos apuntes, casi creo inútil repetirlo, me dirijo á las clases acomodadas, que bien pueden practicar cuanto les digo.

Seguramente que las mujeres pobres, que han de ganar el sustento con el sudor de su frente, no son ménos preciosas á los ojos de Dios y á los nuestros que las privilegiadas por la fortuna; pero á aquellas el trabajo cotidiano no les deja tiempo para cultivar su inteligencia.

Sin embargo, las hay que, por el oficio de sus maridos, no están tan ocupadas, ó bien que el sueldo del mismo les permite tener una criada para ayudarlas en sus quehaceres, ó bien que los concluyen pronto, quedando horas desocupadas y de descanso, algunas veces más que á las mujeres ricas y de la alta sociedad.

Cuán cierto es esto, sobre todo entre las mujeres dedicadas al comercio, que pasan la vida sentadas detrás de un mostrador, y que tienen tiempo de leer, puesto que leen mucho; pero, ¿cuál es su lectura?

Sabido es que la afición á leer se despierta actualmente en todas partes y en todas las cla-

ses, sobre todo en los pueblos, durante las largas noches de invierno. Se necesitaría á este propósito dar á la mujer importantes consejos que constituyeran útil enseñanza; pero, por interesante que sea el asunto, no es esta la ocasión de hablar de ello. Tal vez lo hagamos otro día (1)

Ahora nos dirigimos especialmente á las mujeres de las clases acomodadas, preguntando: ¿la dueña de una gran casa, la esposa, la madre, puede tener tiempo en el día para estudiar?

Sin vacilacion puede responderse afirmativamente. Desde luego la es fácil consagrar las horas que tantas otras dedican al mundo que

---

(1) Ahora sólo diremos que en su respectiva posición, aún muy modesta, la mujer debe saber cuanto concierne y pueda saber acerca del oficio que la ocupa; sobre todo, la mujer del campo debería tener conocimientos de agricultura, pues las hay que trillan y hacen labores agrícolas sin conocimiento de la época de siembra, cava, etc., etc. Una tendera sabe calcular y llevar los libros; pero está muy lejos de poder responder á la necesidad que tiene el comprador, para decidirse á adquirir, de noticias sobre la calidad ó el género del objeto en cuestion: «Mi marido contestará á V. cuando vuelva,» responde; y el comprador se marcha á otra parte. Es que, en general, no se da valor en nuestra sociedad á lo que pueda contribuir al desarrollo de la inteligencia femenina, cualquiera que sea su clase.

devora las noches, y al lujo que devora las fortunas: absorbiéndolas sin provecho alguno, las prepara muy mal para los deberes de esposa y madre.

Acabo de indicar el tercer obstáculo, grande y sério, que se opone á la cultura intelectual: la vida de sociedad.

Tambien en esto comprende alguna culpa á las madres y á los maridos, á ciertas madres y á ciertos maridos.

Lo que voy á decir es extraño; pero cierto: y tengo la evidencia de que las personas observadoras no me han de desmentir sobre este punto.

Muchos maridos solo sueñan para sus mujeres con *la vida diaria de sociedad*, áun cuando les reconozcan inclinaciones tranquilas, deseos de recogimiento, de *leer juntos* algo para el espíritu, despues del movimiento material del dia. ¡Qué afan de vigiliass, que destruyen la salud de ambos!

Hablando en tésis general, podemos afirmar que pocos hombres se ocupan en calcular lo que las fuerzas físicas y las necesidades intelectuales de la mujer exigen con relacion al género de vida que las corresponde. ¡Ah! forzoso es confesarlo: no siempre el hombre es el jefe de

familia inteligente y discreto, sino una especie de amo á quien se sigue, porque no se puede hacer otra cosa, y que manda sin haber ocupado media hora de su vida en darse cuenta en detalle de sus deberes, sin haber calculado nunca las conveniencias que deben presidir en la organizacion de la vida de su mujer.

Debemos tener la buena fé de confesar que rara vez la desavenencia matrimonial nace de un lado solo. Si la mujer exajera su frivolidad, el sábio, el político, gasta con frecuencia todo su buen humor y su amabilidad fuera de casa, y guarda para esta el mal génio, el cansancio y el fastidio.

Puede decirse que generalmente el obstáculo para todo es el afan de estar siempre fuera de casa ó de recepcion en ella. Hé aquí otra debilidad llevada en ocasiones hasta la más extraña aberracion. Existen madres que no saben medir hasta qué punto puede llegar la imprudencia en materia tan delicada é importante, y procediendo, no ya con locura, sino con verdadera crueldad, arrastran á sus hijas á bailes y saraos interminables, que gastan sus fuerzas físicas y abaten sus cualidades morales, privándose á sí propias de las condiciones necesarias para educar á sus hijas. ¡Lo más extraño es que algu-

nas—tal es su obcecacion—creen cumplir un deber maternal con semejante vida!

Si se quiere averiguar el resultado de tan poca entereza, medítese sobre el siguiente diálogo sorprendido á dos señoritas:

*L...* He asistido á veintinco bailes desde el principio de invierno.

*C...* Entonces no me extraña que tu mamá se quejase anoche de cansancio y de no poder más.

*L...* ¡Oh! mamá se queja de todo; es su modo de ser.

*C...* ¡Sí; es el modo de ser de todas las mamás!

*Madres...* ¿Comprendeis al fin?

Quedan expuestos los grandes obstáculos: falta saber cuál será el medio para llegar al fin que me propongo, y esto es lo que deseo precisar ahora, y aún cuando creo haber convencido á mis lectores de buena fé, tanto por la fuerza de la razon como por los detalles verdaderos que les he dado, detalles adquiridos en largo y concienzudo estudio de la vida real, nada habré conseguido si no logro persuadirles y que acepten mi pensamiento acerca de lo más esencial: de *el plan de vida*.



## XI.

### El plan de vida.

¡*El plan de vida!* Hé aquí lo más importante y esencial. ¿Quién alcanza á comprender cuánto encierra esta frase, puesta en práctica como se debe, en el orden social de la existencia?

Seguramente que la vida es un hecho demasiado sério para que se abandone á la ventura ni al capricho. La vida es larga, y en la sucesion de las edades y de sus diversas fases, hay que cumplir muchos deberes y aceptar grandes responsabilidades. La existencia tiene períodos difíciles: no es eterna la risueña juventud, y demasiado pronto llegan las pruebas, los dolores y los trabajos que forman el verdadero fondo de la vida. La alegría y el placer sólo son su brillante y engañadora superficie.

Se concibe, aunque sea doloroso, que en los

primeros inexpertos años la vida trascurre á la ventura, sin plan ni concierto, ni prevision; pero cuando la razon se enseñorea de nosotros, cuando se adquiere el dominio propio y, sobre todo, cuando se unen dos existencias bendecidas por Dios y de las que han de nacer otras cuya direccion y responsabilidad son tan graves, entónces la vida se engrandece, toma proporciones importantes, y aparece la nueva y augusta necesidad del método y del *plan de vida*.

Sois jóvenes, teneis en perspectiva toda una existencia y habeis unido vuestra suerte; ¿qué hareis cada uno de vosotros en favor del otro?

¿Qué hareis por vuestros hijos?

Y, no se encierra ahí todo: existen otros deberes.

Junto á la naciente familia que fundais y de la que sois los jefes, existen dos familias de las que procedeis y en las que ingresais respectivamente.

Existen las relaciones sociales, los deberes de estado y profesion, el sostenimiento de la casa, el cuidado de la fortuna y la nivelacion de los gastos con los ingresos; existe, si quereis ser algo, la vida privada, el trabajo y el estudio; y por fin, teneis un alma inmortal, un destino celeste; y si sois cristianos, teneis



grandes deberes que cumplir para con Dios.

La caridad y las buenas obras reclaman también su presupuesto.

Deberes múltiples y obligaciones ineludibles van á rodearos.

¿Habeis pensado en ello? ¿Os habeis fijado en estos puntos, razonando sobre su gravedad é interés? En una palabra: ¿habeis formado vuestro *plan de vida*?

Él sólo no se forma.

Y si no lo habeis hecho, si entráis en campaña como un general inexperto, sin plan decidido, ¿qué quereis que suceda?

La vida humana es múltiple y puede considerarse subdividida en otras tres, cada una de las cuales encierra sus trabajos, necesidades y deberes.

La vida material que, áun cuando es la inferior, hay que atenderla; despues, en region más elevada, la vida intelectual— ¡desgraciado del que la desdeña!—y, por último, elevándose sobre ambas y coronándolas, la vida espiritual, porque el hombre, no sólo vive de pan, sino que está creado para la eternidad.

Más breve: la vida del cuerpo, la de la inteligencia y la vida religiosa del alma.

Nadie tiene derecho á separar estas tres vi-

das destruyendo la unidad esencial de la existencia. Todos, por el contrario, tienen el deber de ordenarlas en santa y necesaria armonía; y esto no se consigue sin un plan de vida calculado, previsto y resuelto.

De otra suerte, pronto os vereis separados, arrastrados, perdidos, por la multiplicidad de los acontecimientos, por el torbellino mundano y, en suma, anulados, destruidos moralmente.

Nada se hará con inteligencia; se descuidarán las cosas más esenciales y resultarán en la vida grandes vacíos. Tal vez—y me coloco en la suposición más favorable—tal vez en una vida que transcurre sin plan ni dirección, aparezcan algunos buenos detalles; pero, ¿dónde existirán el conjunto de donde nace la verdadera belleza, la unidad, la grandeza, el resultado total y definitivo?

Una comparación explicará mi pensamiento, y pondrá el dedo en la llaga.

Se acusa frecuentemente á ciertos arquitectos de nuestro tiempo de un defecto que es todo lo contrario del que encuentro en los de mi Catedral.

¡Qué magnífico plan el de esta! ¡Qué anchura en las proporciones! ¡Qué belleza en las grandes líneas! ¡Qué armonía en el conjunto! ¡Con

qué vigor se destacan las dos torres de la entrada, concluyendo en atrevidas y elegantes agujas! ¡Qué graciosa majestad! Pero—me dirán algunos jueces severos—los detalles no son irreprochables, hay profusion, superabundancia y hasta faltas contra las reglas. Es posible, y sobre estos puntos dejo decir cuanto se le antoje á los arqueólogos; pero si se retrocede algunos pasos, los pequeños detalles se desvanecen y queda un monumento de un efecto admirable. Por el contrario: algunos arquitectos del día no saben trazar un plano de armonioso conjunto; en los detalles ejecutan maravillas de arte y de buen gusto; pero por mucho que enriquezcan y recarguen el monumento, no obtendrán buen resultado, porque les falta la primera concepcion.

*Infelix operis summa, quia ponere totum  
Nesciet...*

Hé ahí la historia de algunas existencias, el error, la desgracia irreparable casi siempre en muchos hogares.

Desde antes del matrimonio, y en los primeros días de éste, deben los jóvenes meditar sobre el plan de vida; un plan amplio, sério, que abarque el conjunto, los mútuos deberes, la carrera, la posicion del jefe de familia en su país; los

hijos y su porvenir; las relaciones sociales; la vida privada; la edad madura, y, finalmente, la vejez y la muerte: en una palabra, la existencia con sus grandes líneas y sus grandes fases, á las que deben ajustar, desde luego, los actos de la vida.

Sólo de esta suerte el hombre se mostrará digno de la autoridad y de la dignidad que ha recibido de Dios.

Sólo de esta suerte la mujer podrá asegurar la bondad y la unidad de su vida evitando los tristes desacuerdos que suelen existir entre la mujer jóven y la de cabello blanco, cuando la vida transcurre á la ventura; puesto que, si la vida ha sido sin tacha, puede existir maravillosa armonía entre las distintas edades porque Dios la hace pasar, y que ella cruza sucesivamente, sembrando el bien y la felicidad de cuantos la rodean.

Es de notar en las mujeres que pasan los días de su vida entre la virtud y el orden, que cuando la belleza huye de ellas con la juventud, guardan no sé que belleza superior y pura, que se deriva de la serenidad y de la paz de un alma que ha vivido en armónica y constante fidelidad á todos sus deberes. Como acontece con los edificios bien contruidos, los años transcurren y

pesan sobre ellos; pero en vez de derribarlos les imprimen magnitud y grandeza, y si los rigores del tiempo destruyen algun detalle de ornamentacion, el edificio no se resiente y conserva toda la noble armonía de sus grandes líneas.

No pretendo que el plan de vida, por bien ordenado que esté, baste por sí sólo para prevenir los grandes acontecimientos de la vida; pero sí que él sólo y sólo él puede introducir en la existencia la unidad y armonía, que son la belleza del conjunto. Pero, ¿qué sucede de ordinario? Que se entra en la vida á ciegas, sin mirar al porvenir; las jóvenes sólo piden joyas, encajes y un título, sin ver más allá, sin pensar que el dia mismo que consagran su existencia á los deberes más graves y á la abnegacion más completa, han de someterse á una voluntad en vez de ser el *ídolo* de ella; han de servir en vez de *ser servidas*, prueba rudísima si no tiene compensacion en el mérito del marido el sacrificio propio. Muchas mujeres reparan estos males por méritos adquiridos más tarde, que hacen el efecto de esos detalles encantadores que los arquitectos de nuestros tiempos prodigan en sus obras, para reparar en lo que pueden los defectos de su pensamiento capital. Se les admira de cerca y uno á uno; pero retrocediendo algunos

pasos, los detalles se desvanecen y el edificio aparece con todos sus grandes defectos y faltas irreparables.

Es preciso, pues, un plan de vida, á fin de no dejar nada á la ventura é incertidumbre en las grandes líneas de la existencia y en los grandes acontecimientos de ella. Para esto se necesita algo bien sencillo, y, sin embargo, poco comun: es preciso un buen reglamento.

El plan de vida significa el fin á que se aspira: el reglamento facilita los medios

El plan de vida es la concepcion, el ideal, la teoría: el reglamento es la práctica cotidiana é incesante.

Sobre la absoluta necesidad de un reglamento he dicho bastante en otra parte; sólo quiero aquí señalar dos inapreciables ventajas de un buen reglamento: la primera es la de aprender esa ciencia, que apellidaria con gusto el secreto de la vida, es decir, *el secreto de las conciliaciones*.

En efecto: los deberes, las afecciones, los gustos, ¿no parecen, con frecuencia, contradecirse?

Las costumbres de orden, de actividad, de una sencillez que suprime muchas exigencias inútiles, multiplicando el tiempo de la mujer

laboriosa, le dan posibilidad de atender á todo.

La ciencia de la mujer estriba en sacrificarse y reservarse; ciencia compuesta de dulzura y actividad, de abnegacion y firmeza, cuyo primer resultado es la supresion de la indolencia y la ganancia de mucha parte del tiempo que inútilmente se consagra á la sociedad.

Se necesita, no lo ignoro, mucha firmeza, mucha dulzura y perseverancia para adquirir esta libertad, para hacer respetar las horas de trabajo sin faltar á ningun deber; en una palabra, sacrificarse y reservarse algun tanto. Esta es cuestion de órden y método, como todas las reglas de conducta.

Para luchar con energía, necesita la mujer tener firme conviccion de la legitimidad de su derecho al estudio; pero lejos de ello, cree ceder á un capricho cuando sólo cumple uno de sus deberes cultivando la inteligencia: deber y encanto á la vez.

El estudio hace amar el hogar, al que se regresa con afan en busca de un trabajo empezado. ¡Cómo se acelera el paso para acortar la distancia! ¡Qué placer al hallar en su cuarto los predilectos libros ó el dibujo comenzado! ¡Cuánto ménos se desean las visitas y la sociedad, y cómo, sin darse cuenta de ello, la aficion al es-

tudio va ocupando el lugar que antes llenaba el desordenado y ruinoso gusto por la *toilette* y el lujo!

Un buen reglamento revelará otra importante ciencia; la que apellidaré *ciencia de los instantes perdidos*. Me explicaré más claro.

Lo importante, según he dicho, es tener un buen reglamento, aún cuando en esto, como en todo hecho humano, haya de doblegarse á las circunstancias. Confieso sin dificultad que, aún cuando alguna vez la ilusion preteste fácilmente motivos para disculpar la molicie, existen mujeres á las cuales, á pesar de su buena voluntad, no les es posible observar las reglas de un buen reglamento, ó que por lo ménos habrían de faltar á él en algunos de sus detalles.

Hay que levantarse (1); pero puede faltar la

---

(1) Los que amen el sueño más de lo justo y no se atrevan á vencer el leve esfuerzo para habituarse á madrugar, me han de permitir que copie unos hermosos versos del Dante.

Rendido Dante de cansancio se ha sentado, y Virgilio reanima su desfallecida energía con esta enérgica exhortacion:

«Forzoso es levantarte en el acto. No se camina á la gloria dormitando en mullido lecho.

»El que no consagre su vida á la gloria, no dejará más huella de su existencia que la que queda de la espuma en el agua y del humo en el aire.



salud ó llegar el marido á hablar de negocios importantes ó de bagatelas, no importa de qué: las sirvientas ó los niños asaltarán el cuarto. La madre de familia no tiene horas para encerrarse y para impedir que lleguen hasta ella.

¡Cuántas mujeres y cuántas jóvenes pasan su vida bajo la dulce presion de esta tirania, tanto más difícil de combatir cuanto que se impone en nombre de la abnegacion y de las virtudes domesticas!

Si se les dice á esas jóvenes «aplastadas — segun la expresion de Mr. de Maistre, por el enorme peso de la nada:—Consagraos algo á vosotras mismas, alejándoos de la sociedad.» «No puedo, replicarán; ¡si no tengo un minuto de tranquilidad! Si dejo el salon y me retiro á mi cuarto, al punto me sigue alguien para hacerme una pregunta: despues llega otro, y así vuelan las horas, y á pesar de mis grandes esfuerzos apenas puedo contener mi mal humor para no pasar por mujer desabrida, por *mujer ocupada*, sinónimo de *pedante*.»

Pues bien; á falta de horas regulares, si real-

---

»Levanta, pues, y triunfa de tus flaquezas con el vigor que logra toda victoria si no se deja abatir por la pesada materia.»

(Dante: *L' Inferno*. Canto xxiv.)

mente no se logran, puede consagrar la mujer los momentos perdidos, que siempre los hay aún en la vida mejor empleada.

Hay al ménos, casi todos los días, momentos libres á distintas horas. Preciso es que la mujer colocada en esa situacion se habitúe á trabajar á ratos. Sabiendo aprovechar los minutos se llegan á hacer prodigios.

El canciller d'Aguesseau decia: «Hé aquí volúmenes escritos durante los cinco minutos que tarda mi esposa en ponerse á comer desde hace veinte años.»

Siempre existe una gran diferencia entre la mujer que lee algo y la que no lee nada; y si el deseo de reconcentrarse para el estudio no diese más resultado que el adquirir la *ciencia de los momentos perdidos*, siempre constituiria un resultado felicísimo.

La *ciencia de los momentos perdidos* no se aprende en los libros; pero multiplica y fecundiza el tiempo dando hábitos de orden, de atencion y fijeza, que se reflejan de la vida material en la vida moral; las mujeres más alegres, las más iguales de carácter, y aún las de mejor salud, son las mujeres inteligentes y laboriosas que han sabido encontrar, en una actividad bien ordenada, el secreto de no perder un instante, conciliando sus

deberes con Dios, con la familia, con la sociedad y consigo mismas.

Hé ahí lo que se puede contestar á las que dicen: «Mi vida está ocupada por completo; no tengo tiempo, ni mucho ménos fastidio; mis obligaciones no me pesan absolutamente nada y me bastan.» Y se entregan por completo á la vida material en nombre de la razon y del deber.

Habiendo hablado ya acerca de los detalles del reglamento, solo insisto aquí sobre la necesidad y ventajas del mismo, indicando lo que lo dificulta ó anula.

Todavía queda un punto acerca del que no quiero dejar de llamar la atencion de las personas que toman en sério los consejos que ofrezco aquí, deseosas de aprovecharlos; punto capital del reglamento, porque de él depende todo; es decir, la hora de *levantarse* y de *acostarse*.

Es imposible para la mujer y para el hombre hacer nada sério si van diariamente á reuniones y se acuestan y levantan tarde; lo que mata la vida intelectual es el exceso de tiempo dado á la sociedad por la noche y á las visitas por la mañana. Lo más aceptable del reglamento para la vida intelectual es poder disponer de las horas de la mañana.

Y á este propósito, puedo citar un ejemplo:

el de la ilustre Mme. Swetchine, en cuya vida se lee lo siguiente:

«Mme. Swetchine me habia exhortado á que  
»reservase siempre algunas horas de entera li-  
»bertad todos los dias. El valor de las horas  
»por la mañana, me decia, es infinitamente  
»mayor que en el resto del dia. Y no solamente  
»para consagrar á Dios las primeras horas del  
»dia, que para ella empezaba muy temprano,  
»no, sino para tener un tiempo considerable que  
»dedicar al estudio. Me dijo tambien que el pla-  
»cer que sentia aumentaba con los años, hasta  
»tal punto, que cuando se aproximaba á la me-  
»sa para continuar el adorado trabajo, su co-  
»razon latia con violencia.»

Añadiré, con dicha señora, el siguiente consejo: «Examinar, clasificar y resolver desde la víspera el trabajo del dia siguiente; disponer las cosas segun su importancia respectiva y obrar en conciencia: hé ahí el secreto de encontrar tiempo para el estudio y para todo.»

Hé aquí cómo, á pesar de las complicaciones de la existencia, de la multiplicidad y gravedad de los deberes de la vida se puede atender á todo, colocando cada cosa en su lugar, satisfaciendo á todos y arreglando una de esas existencias completas, fecundas, honrosas, bellas á

los ojos de Dios y de los hombres, y cuya belleza suele llegar fácilmente á la santidad.

Así se ordena y armoniza la vida entera; así se atiende á las necesidades y cuidados de la vida material, sin olvidar las necesidades más elevadas de la vida intelectual, y el alma conserva toda su libertad y todo su esfuerzo para los deberes superiores de la vida cristiana. Así se cumplen los designios de la Providencia.

En esta armónica y fecunda unidad de la vida, fácilmente se abarca de una mirada cuanto se refiere al trabajo intelectual. Mientras que la parte material de la existencia todo lo invade, sofocando la vida espiritual é intelectual, las artes y las letras elevan los sentimientos, apartan de los placeres groseros é idealizan la existencia, alimentan la actividad del entendimiento que, sobre todo en las mujeres, fácilmente se inclina á los goces frívolos, y, por lo tanto, peligrosos cuando la frivolidad se enseñorea de ellas. Las artes y las letras, dignos objetos del entendimiento, alejan sin sentirlo los placeres materiales, ennoblecen el alma y la conducen á las alturas cercanas al cielo.

El cultivo de las letras y las artes—tal es el resumen de todo este trabajo—ocuparía, pues, útilmente la imaginación y los ócios de la mu-

jer, y le crearia, ó más bien le revelaria recursos admirables para su dicha, para su virtud, para su existencia: ideas, ocupaciones, intereses y sentimientos, bien sea en la familia, en la que por su instruccion y talento la mujer todo lo embelleceria y estaria en aptitud de dirigir á sus hijos y de ejercer sobre sus maridos provechosa influencia; bien sea en sociedad, donde todo puede elevarse ó rebajarse por ellas.

La vida intelectual y la vida espiritual serian bendecidas por Dios y se llegaria á crear en las diversas clases de la sociedad mujeres cristianas, inteligentes, superiores á la frivolidad, capaces de sostener y de inspirar ideas nobles, esfuerzos útiles, existencias fecundas; mujeres que en la familia y en la sociedad serian activas, fuertes, influyentes, respetadas.

Así se perpetuarian y multiplicarian esas familias, cada dia más escasas por desgracia; pero de las que se suele ver alguna, como á veces he tenido el consuelo de poder comprobar con una satisfaccion llena de respeto, y áun osara decir con alivio de mi cansado espíritu; familias patriarcales, en las que vivian en el orden más perfecto los deberes y Dios, el trabajo y la virtud, la paz y la actividad, la alegría y a dignidad. Cada uno de sus individuos tien<sup>e</sup>

su ocupacion, que cumple con ardor y contento, y cada una de las hijas, como cada uno de los hijos, poseen el valor personal adquirido por su trabajo. Allí se reconoce uno ante el hombre y la mujer de verdadera y notable distincion.

El padre y la madre de familia la presiden, honrados con sus buenos antecedentes, rodeados de la veneracion y el cariño de sus hijos, convertidos á su vez en jefes de familia y trasmitiendo á sus nietos el ejemplo que recibieron de su respetable padre y de su santa madre; y como dice la Escritura: «Los que han recibido de ellos la vida, dejan despues de sí un nombre respetado que pregoná su gloria y les honra eternamente: *Qui de illis nati sunt, reliquerunt nomen narrandi laudes eorum* (1).



(1) Eccli XLIV, 8.





# ÍNDICE.

	PÁG.
INTRODUCCION.....	5
I. Opinion de Mr. de Maistre.....	7
II. La cuestion bien planteada.....	11
III. Los ejemplos.....	17
IV. El deber.....	31
V. Peligros de la compresion.....	39
VI. Funestos efectos de la ignorancia y de la frivolidad en las mujeres.....	47
VII. Ventajas del trabajo intelectual.....	67
VIII. El piso tercero.....	87
IX. La mala educacion y las preocupaciones. El remedio.....	95
X. La práctica.....	109
XI. El plan de vida.....	133

# INDEX

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX



CAJERIL DE COBRAROS MÚTUOS  
DE  
COBREROS  
DE  
SORIA  
BIBLIOTECA

Esta obrita se halla a la venta en las principales  
librerías al precio de **una peseta** ejemplar.

D  
20

44

44

44

44

44

44

44

44

44